

Selección **TERROR**

GRANJA DE MALDITOS

Ralph Barby

SELECCION

TERROR

RALPH BARBY

GRANJA DE MALDITOS

Colección SELECCION TERROR n.° 510
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

505 — Angeles de alas negras *Clark Carrados.*
506 — La putrefacción de la carne - *Lou Carrigan*
507 — Pánico a bordo - *Clark Carrados.*
508 — Viaje al interior de la muerte - *Frank Caudett.*
509 — Mis amados muertos *Adam Surray.*

ISBN 84 02 02506 4 Depósito Jesul: B. 35.087 19S2

Impreso en Epaña Pintcd in Spain

1.a edición: diciembre. 1982
2.a edición en América: junio. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

—¡No, nooo, no puedo más, no puedoooo! ¡Soltadme, soltadme!

Los gritos de Alex se esparcían por toda la casa, la golpeaban, arañaban las paredes, si es que una voz humana, al agudizarse, podía dañar los muros. Estremecía oír aquellos gritos desgarrados.

Mistress Evans se hallaba en la salita, frente a una fotografía enmarcada. Ante sus ojos aparecía un niño, casi un adolescente, que sonreía a la vida. Era espigado, rubio, de rostro hermoso y cabellos quizá demasiado largos.

Tenía un aspecto tan angelical que, a simple vista, resultaba difícil, muy difícil, adivinar a qué sexo pertenecía.

—Alex, Alex, Dios mío, Alex —gemía la madre.

—¡Todo es culpa tuya, tuya!

Las palabras sonaron como latigazos en sus oídos. Se volvió para mirar al hombre. Ronald Evans estaba en pie junto a ella, severo, angustiado, acusador.

Ronald Evans era un hombre totalmente distinto a su hijo. Alto, fornido, oscuro de piel y de cabello, cabello que abundaba en todo su cuerpo porque era muy velludo a excepción de la cabeza, que resultaba bastante calva.

Llevaba gafas graduadas y parecía imposible que él hubiera engendrado a Alex, el joven que ya había abandonado la adolescencia pero que seguía espigado, escurrido de cuerpo, con los cabellos hermosos, rubios, largos, afeminados.

Todo su rostro era afeminado, hubiera pasado por mujer con sólo cambiarse de vestido. No podía decirse que tuviera senos abultados, pero cualquier sujetador relleno de goma espuma bastaría para reforzar tal apariencia.

Sin embargo, ahora, sujeto por los tobillos a los hierros de los pies de la cama, por las muñecas al dosel y por la cintura al centro del somier, ya no parecía el mismo. Estaba totalmente desencajado, descompuesto, babeaba. Su cuerpo temblaba, como incapaz de resistir aquel frío horroroso, un frío que se apoderaba de 61, un frío que le ahogaba.

—¡Nunca has querido a Alex, nunca! —acusó Margaret Evans a su marido.

En tono resentido, siempre de pie junto a su mujer. Ronald Evans respondió:

—Hace unos pocos años, era un niño angelical. Ahora es un joven difícil, así se les llama cuando no se quiere molestar a sus familiares.

De nuevo los gritos del joven Alex se esparcieron por toda la casa,

rebotaban contra las paredes hasta dañar las entrañas de sus padres.

—No puedes llamar a la policía, no puedes.

—No puedo porque ya ha estado en reformatorios, ha robado, ha golpeado a personas indefensas. Le ha faltado poco para asesinar.

—Todo es culpa de la droga, Ronald, de la maldita droga. El no es nuestro hijo cuando está drogado, es como si los demonios se hubieran metido en su cuerpo.

—Es cierto, no es el mismo, pero si no hubiera tomado la maldita droga no estaría endemoniado como está ahora.

—Lo van a intentar en un manicomio judicial y de allí no saldrá jamás, no saldrá jamás. Se volverá loco, loco del todo. Es horrible.

—No debías haber leído tanta literatura de manicomios como el vuelo del nido del cuco y otras, estás impresionada.

—Ronald, Ronald, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé —confesó con los hombros caídos, desanimado, casi hundido—. Tal como está, no puede continuar. El síndrome de abstinencia lo enloquece todavía más. ¿Has oído que algunos llegan a morir en estas circunstancias?

—No, no, que no muera, que no muera. Por favor, Ronald —suplicó con el rostro mojado de llanto—. No dejes que muera, sálvalo.

—¿Cómo?

—Dale lo que necesita.

—¿Una dosis de droga? —preguntó, incrédulo.

—Es lo único que le tranquilizará. Así no se morirá, no gritará más: quedará relajado y entonces podremos hablar con él.

—¿Hablar con Alex, de qué?

—La solución de Alex la encontraremos en una granja, he oído hablar de una donde se curan.

—¿Una granja, seguro?

—Sí, una granja, allí se curan. Han proliferado por todo el mundo, es la mejor solución para ellos. Un psiquiatra lo haría internar en un manicomio.

—¿Crees que Alex aceptaría ir a una granja de rehabilitación?

—Si, si, le hablaremos cuando esté relajado. Allá encontrará a otras personas con sus mismos problemas y se ayudarán mutuamente.

—De acuerdo, Margaret, lo intentaré. Haré todo lo posible por Alex, pero si sale mal, será un psiquiatra quien se ocupe de él.

—Por favor, dale esa oportunidad.

—Haré lo imposible y si no sale bien, tiraré la toalla.

Ronald Evans, caminando pesadamente como si se hubiera calzado con botas de plomo, se dirigió a la alcoba de su hijo. Recorrió los pasillos en penumbra, la salita.

El gran gato de angora entreabrió los ojos, adormilado, y vigiló el paso del hombre enroscado como estaba sobre un almohadón. A él,

los gritos del joven Alex no le alteraban, habían dejado de afectarle por la costumbre de oírlos. Era un gato capón, gordo, perezoso.
—Alex...
—¡Suéltame, suéltame de aquí, bastardo, suéltame!
El padre de aquel joven torturado por el síndrome de la abstinencia acusó el dolor que le producían aquellos insultos pero se sobrepuso.
—Alex, voy a ayudarte. Si no colaboras, tendré que llamar a un psiquiatra y te internarán en un manicomio.
—¡Suéltame, yo viviré mi vida, suéltame!
—Sí te suelto, robarás, matarás incluso, para poder pagar el vicio que te corroe, ese vicio que te mata.
—¡No puedes tenerme toda la vida atado en esta cama!
—Podría, pero no voy a hacerlo. Tienes dos caminos a escoger.
—¡Yo sólo quiero que me sueltes! —replicó babeante, tembloroso, con los ojos casi salidos de sus órbitas y el pelo rubio pegado por el frío sudor.
—Puedes escoger el camino del manicomio o el camino de tu recuperación, de tu rehabilitación.
—¿Rehabilitación? —se echó a reír como si ya fuera un loco irrecuperable.
—Existen lugares, granjas, donde muchachos como tú trabajan, conviven, se ayudan unos a otros. Naturalmente, son privadas y los padres somos quienes hemos de pagar, pero no me importará hacerlo si es por tu bien.
—¡Quédate con tu cochino dinero, yo no te pido nada, nada! ¡Suéltame, suéltame, no tienes derecho a sujetarme como a un perro o peor que a un perro!
—Te voy a traer la droga que te hace falta.
La actitud del joven y casi deshecho Alex cambió totalmente. Siguió temblando, pero ahora era de emoción y ansiedad.

—Padre, padre, padre... ¿Lo harás por mí?

—Sí, te traeré lo que quieras, pero siempre que me jures sobre la Biblia que mañana irás a una granja donde hay muchachos como tú y que pondrás todo lo que puedas de tu parte para recuperarte.

—SI, si, iré a esa granja, pero tráeme un «pico».

Ronald Evans, fiel seguidor de la religión que practicaba, sacó una pequeña Biblia de su bolsillo y la puso bajo la diestra atada de su hijo.

—Jura que irás a la granja y dejarás la droga —exigió.

—Lo juro, lo juro.

—Si no cumples lo que aquí juras, que el diablo se te lleve. Ahora, dime dónde he de comprar lo que tú me exiges para tranquilizarte, para que se te pase la crisis.

—Padre, he jurado, he jurado... Dame, dame el dinero y yo la compraré. Tú no te verás envuelto en problemas, no tendrás

problemas. Suéltame, suéltame y dame dinero, te juro que luego volveré. Iré a la granja que tú digas, te lo he jurado, padre, te lo he jurado.

—No, Alex, tú no estás en situación de salir a la calle. Además, en cuanto te hubieras inyectado la dosis, perderías el sentido de la realidad y te meterías en más problemas. Iré a buscar la maldita droga, dime dónde puedo encontrarla y procuraré hacerlo bien. Si me atrapa la policía, no podré volver aquí para tranquilizarte.

—Padre, escucha, escucha bien... Ve al snack «Popcorn» y pide una hamburguesa con sal, con mucha sal y sin cebolla. Te preguntarán si quieres un salero y tú dirás que todos los saleros que puedan. Te pedirán doscientos dólares, págalos.

Ronald Evans dio un respingo.

—¿Doscientos? —repitió, asustado.

—Sí, doscientos. Págalos y ya le dirán en qué lugar has de recoge el «pico».

—¿Quieres decir que he de pagar y confiar en esos delincuentes?

—Si, págales, porque si no lo haces, no te dirán nada y aún, con esa cara que tienes, no sé si se fiarán de ti.

—No vuelvas a gritar, Alex, no lo hagas porque me portaré mal contigo. Aguarda aquí, quiero solucionar tus problemas, pero no me compliques más la vida, no lo hagas o terminarás tras las rejas de un manicomio judicial y allí no lo pasarás nada bien.

Ronald Evans fue a su pequeño despacho y allí reunió doscientos dólares. Iba a abandonar la casa cuando su mujer le salió al encuentro.

—¿Qué vas a hacer, Ronald?

—Darle lo que pide.

—Gracias, gracias. Verás cómo se rehabilitará.

—Eso espero y si no, que el diablo se lo lleve.

Ronald Evans pronunció aquella especie de sentencia en tono grave pero decidido. Margaret, que le conocía bien, se daba cuenta de que aquélla era su última oportunidad.

—Suerte —le deseó de forma apenas audible, quedándose amparada en la penumbra de una casa que ahora estaba silenciosa.

Alex había dejado de gritar y el gran gato de angora tenía los ojos cerrados. ¿Qué otra cosa podía importarle ya más que dormir, dormir, dormir?

Ronald Evans puso en marcha su automóvil y rodó por el asfalto pintado por el negro de la noche, por las luces rojas, amarillas y verdes, por el reflejo de las miradas huidizas de los escasísimos viandantes que con las manos hundidas en los bolsillos se apresuraban a ir en busca de un automóvil o del bus.

Hacía frío, el cielo estaba encapotado y parecía posible que las

primeras gotas de lluvia hicieran su aparición de un instante a otro.
Lo vio, pero fue algo tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar como hubiera deseado. Estaba obsesionado por el encargo que debía llevar a cabo.
Era grande, negro. Por un instante, sólo un instante, apenas fracciones de segundo, le pareció que los ojos del gran perro negro eran de color sanguinolento.
Hundió el freno hasta el fondo. Oyó el golpe al tiempo que todo el coche vibraba. Pudo oír el ladrido de rabia y queja del animal que se vio lanzado por el aire.
Ronald Evans no era insensible a la muerte de un animal y menos a la muerte de un perro que pesaría como un ser humano.
Con el coche detenido, observó a la bestia caída. Pensó que ya nada podía hacer y que lo importante era salvar a su hijo. Reanudó la marcha lentamente, sorteando el cuerpo que, de pronto, se levantó tambaleándose.
Por la boca perdía un hilo de sangre. Con las mandíbulas desencajadas, tembloroso su cuerpo maltrecho, el perro volvió la cabeza hacia el coche que se alejaba.
Vio el rótulo del snack, Popcorn. Era un lugar miserable, un lugar que inspiraba temor. En cualquier momento podían salirle al encuentro los maleantes nocturnos.
Estacionó el coche como pudo, importándole poco que quedara en infracción. Se metió en el snack, se sentó en un taburete alto y pidió:
—Una hamburguesa con sal, con mucha sal y sin cebolla.
El hombre del gorrito blanco, que pesaría sus cien kilos o quizá más, le observó con recelo. Salió del mostrador, se acercó a la puerta y miró hacia la calle. Escrutó la noche y, sin decir nada, regresó al interior del establecimiento donde había tres clientes más sentados en una mesa, charlando entre ellos. Eran tres tipos malcarados.
El mozo, a la vez propietario del snack Popcorn, hizo una llamada telefónica, habló con recelo y después colgó.
—Usted no tiene cara de tomar mucha sal. ¿No le hará daño?
—No es para mí.
—¿Ah, no, para quién es?
—O me da lo que le estoy pidiendo o llevo a mi hijo a la policía y ya veremos qué dice allí.
—Le advierto que si me mete en problemas, su hijo va a tener un mal tropiezo, ya me entiende.
—Me repugna usted y todos los que son como usted, pero ahora no quiero discutir, deme lo que le estoy pidiendo.
El patrón del snack se rió levemente. Era una burla de réplica, una risa que trataba de humillar.
—Son trescientos dólares.

—Le traigo doscientos que es lo que vale, ni un dólar más. No trate de aprovecharse de mi situación, que puede salirle el tiro por la culata.

La actuación de Ronald Evans no dejaba lugar a dudas, puso los doscientos dólares sobre el mostrador. Los tres tipos que charlaban le miraron de reojo sin decir nada.

El hombre del snack recogió el dinero y en tono de cuchicheo le indicó:

—Siga dos cuadras más abajo, luego tuerza a la izquierda. Antes de dar cien pasos, alguien se le acercará y le dará lo que busca.

—Lo hago por mi hijo, pero si a mi o a él nos pasa algo, le juro que usted no va a estar mucho tiempo libre.

Tras aquella amenaza, Ronald Evans abandonó el snack dejando a su propietario preocupado, pero tocar los billetes le tranquilizó y volvió a sonreír. Los tres clientes malcarados le vigilaban gracias a los espejos.

Se desplazó por la calle. Junto al bordillo se estacionaban los automóviles, uno tras otro, con los parachoques casi tocándose. Los contenedores de basura rebosaban de desperdicios entre los que perros y gatos buscaban su comida.

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Las farolas apenas iluminaban la calle. El suelo, aún seco, no tarda ría en humedecerse. Sintió frío en las manos y la hundió en los anchos bolsillos del abrigo.

Dobló la esquina y siguió avanzando. Sus ojos buscaron entre los coches cuando...

—Phs, phs...

Se volvió. A su izquierda se abría un vestíbulo de escalera, estaba abierto. Era un lugar miserable como los demás edificios que allí se levantaban edificios de ladrillo visto sin revocar, con oxidadas escaleras contra incendios.

—¿Quién está ahí? No le veo. —Era más una advertencia que una confesión.

Apretó el encendedor y apareció la llamita azulada. Daba poca luz pero fue suficiente para ver a la mujeruca cuyos ojos ya había detectado en la oscuridad, unos ojos que parecían irradiar luz propia.

Le parecieron unos ojos que no eran humanos, unos ojos que inquietaban, con demasiados años detrás.

La luz del mechero iluminó aquel rostro Ronald Evans estaba seguro de que jamás olvidaría aquella cara, una cara que a la luz de la llama del encendedor no parecía la de un ser humano.

—¿Buscas esto? —preguntó ella con voz muy grave, casi rota.

Era un botellín como los de penicilina, de cristal oscuro.

Tomó el frasco en su mano, casi se lo arrebató de un zarpazo. Sin decir nada, salió del vestíbulo regresando a la calle. Apagó el

encendedor que ya quemaba en su mano y apretó el frasquito dentro de su diestra que hundió en el bolsillo.

Huía materialmente de aquel lugar cuando tropezó con un tipo más alto que él, un tipo que llevaba anorac y una bufanda que no ligaba con el anorac.

—Eh, ¿es idiota? —masculló aquel sujeto.

Ronald Evans aceleró el paso sin responder, sólo quería alejarse, alejarse.

—¡Que se deja esto! —Y mostró algo plateado entre sus dedos.

Ronald Evans no quiso mirar atrás, tenía prisa, mucha prisa. Aceleró el paso como si fuera un fugitivo de la justicia, pudo oír sus propios pasos en la soledad y silencio de la noche. Ahora llovía más, el suelo ya estaba mojado.

Se metió en el automóvil y cuando arrancó y se encendieron los faros, pudo ver a tres hombres frente a él. Eran tres rostros patibularios, tres rostros que se lo quedaron mirando. Uno de ellos llevaba una navaja desnuda en la mano y a Ronald Evans le dio la impresión de que estaba manchada de sangre.

Sin dudarlo, hundió el acelerador. El coche arremetió contra aquellos maleantes de la noche, uno de los cuales se agarró al vehículo y golpeó con algo duro el cristal de la portezuela.

Acelerando, al tiempo que se aproximaba contra otro coche estacionado, Ronald Evans pudo librarse de aquel indeseable. Escuchó el grito, luego el golpe. Había algo semejante entre aquel golpe y el golpe que recibiera el extraño perro que había dejado en el asfalto, perdiendo sangre por la boca.

Tuvo la seguridad de que aquel hombre se golpeó con el otro coche al quedar aprisionado entre los dos vehículos y luego, había caldo al sucio.

Cuando se hubo alejado de aquel distrito, suspiró de alivio. Aceleró la marcha para llegar cuanto antes a su hogar, si así podía llamársele. Llovía más intensamente y el agua se llevaba los rastros de la maldad.

—¿Lo has traído? —preguntó angustiada Margaret Evans.

—Si, sí. —Cerrando la puerta a su espalda, respiró hondo y en tono de comentario, dijo—: No tienes idea del mundo en que se ha metido tu hijo. Tan angelical que le creíamos y ahora parece que mora en los infiernas. Si no lo salvamos, será un diablo más, un acólito de Satán.

—¿Se lo pondrás tú?

—Sí, no pienso desatarlo hasta que esté tranquilizado. Ahora no sabemos de qué puede ser capaz. ¿Ha gritado?

—No, pero tiene sudores de muerte. De cuando en cuando, babea, se le extravían los ojos y se convulsiona. Es horrible, Ronald, horrible.

—Siempre hemos sabido que era horrible, no hemos sido capaces de educarlo.

—No tenemos la culpa nosotros, no la tenemos, es cosa del diablo.

—Es cosa de un mundo de sinvergüenzas, de ladrones y traficantes. Es un mundo perdido, Margaret, un mundo perdido.

—¿Crees que en alguna ocasión el mundo ha sido limpio? Lee, lee la historia, la verdadera historia. Siempre hemos estado dominados por Satán.

—No hablemos más. Dile a Alex que ahora voy a inyectarle.

—¿Sabes cómo hay que hacerlo?

—No temas, lo haré mejor que suelen hacerlo ellos. Por lo menos, en esta ocasión no tendrá una maldita infección. Dicen que muchos de los que mueren es por infecciones que atrapan al inyectarse en medio de la suciedad de los lavabos donde se refugian para drogarse.

Margaret Evans fue junto a su hijo. La mirada de éste se hallaba extraviada. La mujer no sabía del mal trago que había tenido que pasar su marido al ir en busca de la droga, sólo estaba preocupada por su hijo. Quería seguir viéndolo angelical como solía decir ella misma cuando Alex era un niño.

—Hazte a un lado —pidió Ronald Evans.

Al oír la voz de su padre, Alex trató de centrar su mirada en la jeringuilla. Su respiración se aceleró como presa de una honda ansiedad sexual. Para Alex, el picotazo de la aguja no fue una sensación de dolor si no de deseo.

Ronald Evans había limpiado la piel con alcohol, no le hizo falta presionar en el brazo para hacer sobresalir las venas que ya aparecían hinchadas. Las líneas azuladas no sólo se veían por el color sino por su relieve.

Vació lentamente el contenido de la jeringuilla en el torrente sanguíneo. Parecía como si Alex tuviera una extraña capacidad de succión en sus venas, como si tuviera unos labios absorbentes dentro de ellas cuando lo normal era lo contrario. Al abrir una vena o simplemente pincharla, la sangre tenía que brotar hacia el exterior.

Cualquier enfermero o médico sabía muy bien que al hundir la aguja en la vena significaba notar una presión en el pulgar que sujetaba la base del émbolo de la jeringa. Si se cedía ante esta suave presión, se observaba como la sangre humana escapaba de la vena y a través del finísimo orificio de la aguja penetraba en la jeringa, enrojeciendo el líquido que pudiera haber en ella; es más, ésa era la forma empírica de averiguar si se había pinchado bien o mal si se trataba de inyectar intramuscularmente.

El contenido de la jeringa, el polvillo disuelto en agua destilada, pasó a la vena humeral de Alex hasta que no quedó ni una gota de

líquido por inyectar.

La respiración del joven atado a la cama se hizo más audible. Era como si de pronto le faltara aire, mucho aire. A aquellos padres angustiados les pareció estar en presencia de un asmático en fase aguda.

Luego, la respiración se fue normalizando y la expresión se relajó, pero el rostro de Alex quedó transfigurado de tal forma que asustó a sus propios padres.

Quedó con los ojos cerrados pero con una sonrisa extraña, diabólica, una sonrisa que mostraba sus dientes. Era la sonrisa de alguien que está disfrutando con algo malsano.

Los padres se miraron mutuamente, sus pupilas se encontraron, había inquietud en ellas, interrogación; sin embargo, no querían confesárselo y con voz gutural, una voz que parecía fuera a romperse de un instante a otro, la madre dijo:

—Se ha tranquilizado.

Ronald Evans, con la jeringa todavía en la mano, rezongó:

—¿Tú crees?

CAPITULO II

Inconscientemente, sus ojos buscaron la página de sucesos en el periódico que tenía entre las manos. Atracos, asaltos, había de todo, plasmado de una forma impersonal. No habían hinchado las noticias, las daban como si salieran de un teletipo en el que había que ahorrar texto, ese texto que los periodistas reciben de los propios teletipos y amplían después con sus propios comentarios, sazonando así la noticia, masticándola. regurgitándola para que los lectores la asimilaran sin problemas de entendimiento ni sutilezas y pudieran sentirse afectados emocionalmente al instante.

«El propietario del snack Popcorn fue asesinado anoche. Varios asaltantes le dieron cuchilladas para robarle el contenido de la caja que debía ser tan miserable como su establecimiento. Uno de los supuestos asesinos fue encontrado en la calle con varios huesos rotos a causa de un accidente de automóvil cuando se daba a la fuga.»

—¿Qué lees, Ronald?

Desvió la mirada hacia su mujer con la que compartía la mesa en el pequeño restaurante. Dobló el periódico de tal forma que no provocara sospechas.

—Nada, sólo me entretenía.

La madre prolongó su mirada hacia el exterior a través de los cristales de la ventana. Afuera estaba Alex, vestía tejanos y un jersey grueso de color azul oscuro. El muchacho miraba ensimismado la intensa negrura de las montañas que tenía al oeste.

—Por lo menos lo está cumpliendo —musitó el padre.

—Ya te dije que 61 pondría de su parte lo que pudiera, estaba desesperado.

—Parece muy calmado —admitió Ronald Evans—. Lo que no sé es cuánto le durará.

—Tengo el jeep listo —dijo el hombre joven, alto, moreno, con una recortada barba y frondoso bigote. Vestía una cazadora de piel con flecos del mismo material al estilo trampero.

Margaret Evans preguntó:

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Si no surgen problemas, unas cuatro o cinco horas. El camino no siempre está libre de obstáculos; además, el tiempo no parece bueno. Quizá llueva, quizá nieve. Arriba nunca se sabe.

—Entonces, marchemos ya, cuanto antes mejor —dijo Ronald Evans.

Salieron. Allí quedaba un viejo vigilando el pequeño local ubicado a

las afueras de la pequeña ciudad donde sus vecinos vivían de una forma dispersa y parecían reencontrarse cada sábado para beber y canturrear juntos. En aquel territorio había grandes granjas, importantes instalaciones para criar animales de distintas especies.

Willy fue en busca del potente jeep cuyo depósito ya estaba cargado de carburante, más dos recipientes de plástico llenos también con gasoil para abastecer el depósito del vehículo en cuanto se vaciara. En el largo trayecto no había gasolineras y aunque Willy sabía que en la granja tenían bidones de combustible para emergencias, siempre cabía la posibilidad de que estuvieran vados.

—Alex, hijo, vamos —pidió la madre.

El muchacho bajó la cabeza y anduvo hacia el vehículo. La madre le hizo sentarse a su lado y el padre se acomodó junto al conductor.

Willy había cargado ya una maleta y un petate de viaje. Tratando de suavizar la tensión que sin duda flotaba en el ambiente de aquella reducida familia de tres miembros, preguntó:

—¿Listos para partir?

—Vamos ya —pidió Ronald Evans que temía que el síndrome de abstinencia se presentara de nuevo en su hijo, haciendo de nuevo la situación difícil c insostenible.

Dejando una polvareda detrás, el jeep rodó en dirección a las montañas. Llevaban pocos minutos de marcha cuando se salieron del asfalto de la carretera. En el camino de tierra se hallaba estacionado el automóvil policial dentro del cual estaba el mismísimo sheriff que protegía sus ojos tras unas gafas de cristales oscuros.

—Hola, Willy, ¿cómo va eso? —preguntó, asomándose por la ventanilla.

—Eh, sheriff, ¿qué han dicho del tiempo?

—Se avecinan tormentas. ¿Vas a la granja?

—Sí, sheriff, vamos a la granja.

—Buen viaje. Si hay tormentas, detén el jeep en lugar seguro y espera a que amaine. Ya sabes que hay desprendimientos y los torrentes son arrolladores y arrastran rocas.

—No tema, sheriff, conozco el camino, no es la primera vez que voy.

—¡Eh, Willy!

—¿Si, sheriff.

—Dile a Manson que un día de éstos pasaré a hacerles una visita.

—Descuide, sheriff, le daré el recado.

Willy reanudó la marcha. Las ruedas del jeep ya no giraban sobre asfalto sino por tierra apisonada. Cada vez se adentraba más en las montañas en las que abundaban las arboledas de frondas y perennes copas de tonalidades oscuras.

El camino era cada vez más malo, estaba erosionado por las

lluvias.

—Qué camino más duro —se quejó Margaret Evans, sacudida por los socavones.

—Aún no hemos llegado a lo peor, la verdad es que es un lugar difícil.

Willy no les había engañado. Tuvo que aminorar la velocidad y poner el reductor para avanzar por trechos totalmente impracticables. A la velocidad de dos o tres kilómetros por hora, cruzaban torrentes que a su vez atravesaban el camino forestal. Luego, las ruedas se veían obligadas a trepar por encima de piedras excesivamente prominentes que habrían resultado una muralla infranqueable para cualquier otro vehículo que no fuera todo terreno.

—Parece que nos dirijamos al infierno —comentó Alex que había estado silencioso.

Adentrados ya totalmente en las montañas, rodeados de árboles, precipicios y torrentes, siguieron avanzando. Pasaron junto a un bello lago y prosiguieron el avance. El jeep parecía incansable. Los árboles se fueron haciendo más escasos y la tierra se cubrió de fina hierba. Parecían haber llegado a la cima del mundo, ya no se veían montañas más altas.

Los bosques también habían quedado atrás y el viento frío azotó el jeep con más fuerza. Allá arriba era como en los océanos, los vientos no hallaban obstáculos para desplazarse de norte a sur o en cualquier otra dirección. Los desniveles eran suaves, el jeep podía rodar más rápido, el camino no se veía. Willy debía guiarse por señales indicadoras colocadas de trecho en trecho.

—Aquí no vive nadie, ¿verdad? —preguntó Margaret Evans.

—No, aquí no. Algunos vienen a cazar en verano, los ciervos llegan hasta este lugar, son magníficos ejemplares.
También hay osos y lobos, pero poco a poco se termina.

—¿Se termina, el qué? —preguntó Alex.

—La hierba, los animales.

Efectivamente, así estaba sucediendo.

La hierba acabó por desaparecer. Se hallaban en una meseta continental donde la hierba ya no existía y debía ser por culpa de la composición de la tierra, una tierra arenosa y estéril, como si sobre ella se hubiera volcado una maldición.

—Esto es un desierto —opinó Willy que ahora conducía el jeep con más tranquilidad. Los difíciles obstáculos que les ofrecían las montañas habían quedado atrás.

—Aquí no se ve nada —comentó la madre.

—Así es, aquí no hay nada —corroboró Willy—. Cuando los pájaros cruzan este desierto, vuelan muy altos y no se detienen hasta llegar a los bosques.

—¿Es muy grande este desierto? —preguntó Ronald Evans.

—No, no es muy grande. Pudo parecer interminable a los colonizadores hace cien años, pero ahora, con un buen vehículo, no resulta tan grande, claro que otra cosa seria cruzarlo a pie o en caballería porque no hay agua hasta llegar a la granja. Este sitio es muy curioso porque no llueve: las nubes, aunque aparezcan, pasan de largo. Es como si el cielo le negara el agua a esta tierra.

—¿No llueve nunca?

—No. señora, aquí no llueve y tampoco nieva. Las nubes no gustan de este lugar y si aparecen, se alejan con rapidez hacia los bosques o al oasis donde está la granja. Y como no hay agua, tampoco hay hielo ni nieve, o quizás en alguna ocasión la haya habido, pero muy pocas veces. Hay la creencia generalizada de que los desiertos son lugares de intenso calor donde la vida muere por culpa de ese claro, pero en esta época del año, aquí puedes morir helado. En pleno invierno soplan vientos de veinte grados Celsius bajo cero que hielan todo lo que encuentran. En una ocasión, hallaron a un hombre completamente congelado, era un témpano, y no hay forma de protegerse del viento helado. Para resistir hay que ir muy bien equipado.

Por unos instantes. Margaret Evans deseó volverse atrás, alejarse de aquel desierto helado, pero recordó los gritos de Alex que se mostraba ausente, sin importarle adonde le llevaran, y prefirió callar.

De pronto, como si fuera un milagro, descubrieron el valle. Aparecía de pronto porque se hallaba más bajo que el nivel medio de la meseta.

—¿Lo ven? Aquí ya hay árboles, aunque algunos hayan perdido las hojas.

Pudieron ver también clapas de nieve. Ya a distancia se divisaban sembrados y varias cabañas y establos. De la cabaña mayor nacía una torre levantada con piedras y cemento.

—Esto parece Sangrilá —opinó Ronald Evans.

—Si, es un Sangrilá para los que desean reencontrarse a sí mismos.

El jeep descendió ahora con facilidad hasta llegar a la gran cabaña frente a la cual se detuvo. Varios jóvenes aparecieron y se quedaron estáticos mirando al jeep. No eran muchachos alegres, todos tenían problemas, pero estaban allí por propia voluntad.

Willy tocó el claxon varias veces consecutivas y luego saltó del vehículo. En el porche de la gran cabaña apareció un hombre alto, fornido, serio, escaso de cabello.

—Hola, Manson. ¿Cómo va todo por aquí?

—Muy bien, como siempre. —Miró hacia el jeep tras estrechar la mano de Willy.

—Es usted Manson, ¿verdad?
—Ajá, pero no el Manson que liquidó a Sharon Tate.
—Me lo imagino.
—El apellido Manson es bastante corriente y como ya me conocían por él, antes de que Charles Manson hiciera de las suyas, no iba a cambiarlo.
—Claro, claro. Nosotros...
—Comprendo, traen al chico a la granja, ¿no es eso?
—Si. Me hubiera gustado escribirle antes, pero ha sido una decisión...
—Rápida. No se preocupe, todavía me quedan dos plazas libres. Su hijo ocupará una de las camas, pero le va a costar quinientas al mes, esto no es un asilo de beneficencia. Yo cuido a los chicos, hago lo que puedo, pero he de mantener esto, claro que si no tiene dinero puede solicitar una ayuda al gobierno del estado. Tengo tres muchachos que reciben esa subvención, mi granja está declarada de utilidad sanitaria y pública.
—Lo sé, lo sé, me han hablado muy bien de ella y no se preocupe, más cara me costaría la droga.
—No lo dude. Aquí puede permanecer entre tres y doce meses, es lo habitual. Si se quiere quedar más tiempo, es cosa suya. Tampoco puedo garantizarle que salga curado de aquí; de cada diez, cinco muchachos no reinciden en absoluto y teniendo en cuenta las circunstancias en que llegan, ya es mucho éxito.
—Lo comprendo, no pedimos milagros.
—Entonces, nos entendemos. Aquí encontrará buen ambiente. Los muchachos se ayudan mutuamente y cuando uno se pone demasiado tonto queriendo marchar, yo mismo le llevo a la ciudad, esto no es una cárcel y tampoco un sanatorio, es un lugar de reencuentro con la voluntad y la personalidad perdida gracias a la terapia de grupo.
—Usted es psicólogo, ¿verdad?
—Así es y mi mujer es enfermera, no les faltan atenciones. Por otra parte, éste es un lugar totalmente sano y usted perdone si soy un poco brusco, por otra parte algo imperdonable en un psicólogo, pero usted ha llegado sin avisos ni protocolos y yo le recibo de la misma forma.
—Me parece muy bien y me gusta, así me parece más natural, más saludable.
Salían entonces madre e hijo, el cual comenzó a mirar a los muchachos que se hallaban detenidos a cierta distancia, como si fueran estatuas, observando al recién llegado.
—Alex, acércate, te presentaré al señor Manson.
—Nada de señor, sólo Manson —atajó el psicólogo. Adelantándose hacia Alex, forzó una sonrisa, le tendió la mano y dijo—: Si quieres

estrecharla, mejor para ti y para mí; si no quieres, estás en tu derecho. Ya le he dicho a tu padre que cuando quieras marcharte podrás hacerlo, pero no creo que lo desees después de llevar unos días aquí. Encontrarás buenos compañeros en tus mismas condiciones. Aquí nadie es un bicho raro, todos somos ¡guales y aunque pagues algunos gastos que hay que cubrir, trabajarás como los demás y verás cómo te acaba gustando.

Alex rehuyó estrecharle la mano. Manson hizo ademán de pasarle el brazo por el hombro y Alex tuvo entonces una reacción desagradable.

CAPITULO III

Silvy, una de las muchachas que había llegado a la granja para recuperarse al igual que otros muchachos, rasgueaba una guitarra al tiempo que entonaba una balada nostálgica.

Dos de las chicas jugaban al ajedrez, lo que implicaba un esfuerzo de concentración, esfuerzo del que habían sido incapaces antes de iniciar su cura de recuperación en la granja. Otros escuchaban a Silvy y dos muchachas conversaban entre ellas casi con cuchicheos.

Emma Manson conversaba con los Evans. Su forma de expresarse era convincente, tranquilizaba a los nerviosos padres que dejaban a su hijo, a su querido y único hijo en aquella granja para que se recuperase. Lo confiaban a manos expertas en la terapia de grupo.

Dentro de la amplia sala de la cabaña central, el ambiente era relajado. Afuera, el cielo se había encapotado.

—No lo pasan mal —explicaba Emma Manson—. En las crisis se ayudan entre ellos.

—¿Tendrá que trabajar mucho? —inquirió la madre, preocupada.

—Trabajar es necesario pero a la vez voluntario. Al principio de estar aquí la mayoría no quieren trabajar, no quieren cuidar la tierra ni a los animales, se niegan a colaborar, pero poco a poco participaban al ver que los demás trabajan.

Manson se les acercó. Se sentó a la mesa y le dijo directamente a Willy aunque para que se enterasen los demás también:

—Hay mal tiempo, tendréis que pasar la noche aquí.

—¿Crees que no podré con el jeep? —preguntó Willy, casi socarrón.

—Arriba, en el desierto, se ha puesto el viento por encima de los ciento veinte kilómetros por hora con viento polar de menos de veinte grados. Si el jeep se detuviera, os congelaríais en poco tiempo. En cuanto a las montañas, hay tormenta fuerte, vientos, relámpagos y lluvias por debajo de la cota de mil quinientos pies y nieves por encima de éstas.

—Me pintas un panorama muy difícil.

—¿Cree que mañana habrá mejorado el tiempo? —preguntó Ronald Evans.

Willy opinó:

—Con este panorama, no creo que podamos regresar.

—¿Y si la velocidad del viento disminuye por la noche? —preguntó Margaret Evans.

—Podríamos atravesar el desierto, pero luego estarían las montañas y hay pendientes muy peligrosas. Abundará la nieve y los torrentes que cruzan los caminos serán más peligrosos. Si mejora el viento iré a dar un vistazo yo solo con el jeep para ver si el regreso

es posible en pocas horas.

Ronald Evans, preocupado, inquirió:

—¿Y si no pudiéramos salir de aquí?

—No se apuren, llamaríamos al sheriff y vendría un helicóptero oficial para trasladarles a la ciudad.

Ronald Evans suspiró.

—Es una buena cosa que estén conectados con la policía y puedan disponer de un helicóptero; de lo contrario, el aislamiento aquí podría prolongarse excesivamente.

—No tema, no sería la primera vez que el helicóptero oficial viniera por aquí. Cuando hay un enfermo de consideración y el traslado en vehículo se hace difícil, el helicóptero pasa a recogerlos. Aunque lo parezca, no estamos aislados del resto del mundo.

—Me tranquiliza —dijo Margaret Evans.

—No teman por ustedes ni por su hijo, aquí estarán bien. No nos falta electricidad porque tenemos un grupo eléctrico propio que nos provee, se pone en marcha por la noche. También disponemos de placas solares que nos proporcionan agua caliente y unas placas fotovoltaicas que dan electricidad durante el día, electricidad de mantenimiento, es poca potencia pero suficiente. Cuando por la noche necesitamos electricidad en cantidad, funciona el grupo eléctrico. Durante el verano, los muchachos cortan árboles en los bosques y con el camión oruga trasladamos la madera hasta la granja. De esta forma no nos falta leña durante el invierno, tenemos varias chimeneas en funcionamiento para que haya calor.

—Ya lo ven —dijo Willy— esto es el paraíso, un Sangrilá en nuestro país. No se pueden coger las estaciones de televisión y las emisoras de radio llegan mal, queda uno a salvo de la intoxicación del mundo consumista.

—Tenemos casettes en abundancia y videocassette —puntualizó Emma Manson— y una espléndida biblioteca, especialmente de consulta. No nos falta diversión sana.

—Creo que a mí me iría muy bien pasar una temporada aquí —opinó Ronald Evans, sonriente—. Se me quitaría el stress, me relajaría.

—Sí, sería bueno, pero aquí la recuperación es sólo para jóvenes menores de veinticinco años. Las diferencias de edad provocan conflictos de opinión, entonces no se comunican bien y en la terapia rehabilitados de grupo es imprescindible la comunicación espontánea de los jóvenes.

Willy miró de reojo a Alex, el nuevo inquilino de la granja. Alex no hablaba con nadie, había tomado una revista y se escondía tras ella, aunque él también vigilaba a los demás. Su actitud era huraña, en absoluto amistosa.

Manson había pedido a los padres del joven Alex que no le dijeran nada, que la integración vendría por sí sola. Forzar los contactos amistosos no era bueno. Había que dejar que el compañerismo y las amistades cristalizaran espontáneamente y tampoco se podía pretender que eso ocurriera al primer día, al segundo ni al tercero.

—Hay algo básico en esta recuperación, entiéndalo bien —les dijo— y es que en este sistema de rehabilitación sólo se cura el que quiere curarse

—Bien, nos pondremos cómodos —dijo Willy— aunque la verdad es que tengo deseos de estirar los músculos. ¿Quién quiere acompañarme? ¿Están bien los caballos, Manson?

—Sí, aunque el tiempo no es demasiado bueno.

—Se trata de dar una vuelta por los alrededores.

Silvy se puso en pie, dejando la guitarra.

—Yo te acompaño —dijo.

Hubo movimiento en aquellos momentos. Emma Manson puso una cassette en el vídeo para que los jóvenes pudieran ver un programa musical que tenía un ritmo suave, un ritmo que no era excitante. No había que excitar a aquellos muchachos que intentaban olvidarse de la droga que los había hundido en el caos de la degradación.

Silvy condujo a Willy hasta la caballeriza. Allí se guardaban cuatro caballos que eran utilizados para labores de la granja y también para paseos relajantes.

Silvy era delgada, de cabellos rubios muy claros, lacios y largos. Llevaba una cinta alrededor de la frente al estilo indio.

El propio Willy la había llevado en su jeep a la granja, como a la mayoría de los jóvenes allí refugiadas en busca de su perdida personalidad. Willy recordaba claramente el día de su arribada a la granja *y* lo cierto es que la muchacha no parecía la misma. Por aquellos días. Silvy tenía un aspecto semejante al que ahora ofrecía Alex: casi esquelética, con profundas ojeras, rostro desencajado, piel pálido amarillenta, temblores, mirada perdida y cuando no, huidiza.

—¿Qué miras?

—A ti —respondió Willy, sincero—. Es evidente, ¿no?

Ella sonrió.

—Supongo que estás pensando que no parezco la misma que cuando me trajiste en el jeep. ¿Me equivoco?

—Has acertado, no pareces la misma persona. Has recuperado algunos kilos.

—No me digas eso, tendré que ponerme a régimen.

—No lo hagas, esos kilos te hacen mucho más atractiva. Yo diría que pareces totalmente recuperada.

—Es lo que dice Manson.

—¿Y tú qué opinas?

—Tengo miedo.
—¿Inseguridad?
—Sí, eso es, inseguridad. Tengo miedo de regresar a la civilización, tengo miedo de recaer.
—¿Sufres el síndrome de la abstinencia?
—Ya no. Bueno, hay ocasiones en que me siento más insegura.
—No te vas a quedar siempre aquí.
—Hay momentos en que desearía vivir siempre aquí. Ahora que ya me he apartado de la droga, aquí puedo ayudar a mis compañeros.
—Creo que ese trabajo ya lo hacen bien los Manson. Esto es un refugio durante un tiempo, pero hay que regresar y enfrentarse a la vida de nuevo.
—No me siento fuerte aún.
—¿Y tus padres siguen pagando la cuota de mantenimiento?
—Si —asintió ella—. Es lo que me sabe mal. Me digo que no es justo, pero...
—Bueno, el día que desees regresar, que llame Manson por la radio y vendré a buscarte, no será necesario que tus padres acudan a recogerte. Yo puedo llevarte a tu casa y le darás una sorpresa.
—¿Tú crees? —musitó ella, poniendo con soltura una silla de montar sobre uno de los caballos.

Willy hizo lo propio y ambos equinos no tardaron en quedar cinchados.

—A veces pienso que para ellos resulta más cómodo seguir pagando los quinientos al mes y olvidarse de Silvy.

—No digas *eso, son tus* padres.

— Ellos ganan dinero de sobra con el shop-center. La verdad es que me echarán en cara que pagan los quinientos, pero yo sé que ninguna falta les hacen esos quinientos pavos. Fui un problema para ellos y muy gordo. Me tuvieron que ir a. buscar a la comisaría y luego me encerraron en un reformatorio. pero no hubo suerte. Yo robé dinero en las cajas registradoras del shop-center y también ropas, objetos de todas clases para malvenderlos y así poderme pagar primero el «chocolate» y luego los «picos». Fui de las que tenían la suerte de poder robar en su propia casa para pagarse el vicio, no tuve

que caer en la prostitución ni en otras bajezas, aunque las mías fueron ya muy dolorosas

Willy la ayudó a subir sobre el caballo de altas patas. Después, subió al suyo y dijo:

—Son cosas que es preferible olvidar, ya no eres la de antes.

—El que haga ya meses que no tomo nada y el sentirme bien, el que haya mejorado, no me da la total seguridad que necesito.

—Tus padres no han venido nunca a verte, ¿verdad?

—¿Para qué iban a venir? A veces creo que lo que ellos desean es que desaparezca.

—No digas eso.

—¡Ieeeaaa, ieeeaaa!

Puso el caballo al trote largo. El suelo era de buena tierra y las herraduras cauchutadas del animal podían desplazarse con facilidad. El cielo seguía encapotado. Willy fue tras la mujer; conducir un jeep era divertido, pero le placía más montar a caballo.

El cielo se hacía cada vez más plomizo. Silvy sabía que eran nubes bajas; siempre sucedía lo mismo, eran nubes que se embolsaban en el valle y que casi nunca descargaban en el desierto que rodeaba el valle. Hada frío y por eso mismo resultaba más grato cabalgar.

El valle era casi todo granja en sí mismo. Las arboledas eran obra de los Manson que habían comprado y trasladado allí los árboles retoños para que se desarrollaran y atrajeran la lluvia, para que dieran sombra y la tierra se mantuviera más húmeda y se reciclara a sí misma de forma natural. Por otra parte, habían instalado sistemas de riego que hadan mucho más aprovechable la tierra. Las tuberías partían del pequeño manantial. Allí no había ríos, el agua surgía del propio lago y de éste se evaporaba. Tres molinos de viento agitaban el agua y la elevaban para hacerla caer luego pulverizada, lo que hacía que se oxigenara adecuadamente. De esta forma, podían vivir los peces.

Cuando los Manson llegaron al valle, apenas había vida dentro del lago: en la actualidad, con el agua convenientemente oxigenada y depurada con filtros de arena, había abundante vida acuática. Los Manson conseguían que los jóvenes que querían escapar de la droga colaborasen en dar vida a aquel pequeño valle aislado del mundo.

Al mismo tiempo, sus cuotas servían para pagar las costosas instalaciones que no se apreciaban a simple vista pero que eran vitales. De lo contrario, la vida se habría limitado a tan sólo unas docenas de pasos alrededor del pequeño lago, mientras que ahora, el verdor constituía un buen puñado de acres. Allí, además, vivían animales de granja.

—Esto está cada vez más verde —opinó Willy deteniendo su

caballo junto al de Silvy para contemplar el paisaje.
—¿Te gusta?
—Sí.
—Algunos compañeros llaman a esto la granja de los malditos.
—Si esto es la granja de los malditos, no es por los Manson, sino por los que así llaman a este lugar.
—A mi ya me parece hermoso, pero sé que hay que abrir la puerta y salir de aquí para regresar al mundo de los verdaderos malditos, al mundo de los hijos de Cain.
Silvy volvió a poner su montura al trote largo dirigiéndose hacia un grupo de árboles. De pronto, se detuvo haciendo relinchar a su caballo.
El animal se levantó excesivamente de manos y Silvy cayó, al suelo. El equino, visiblemente asustado, se alejó al galope.
Willy hizo avanzar su montura hasta la muchacha caída, despreocupándose del caballo fugitivo por pánico y que seguramente regresaría por sí solo a la caballeriza en cuanto se calmara.
—¡Silvy, Silvy!
La muchacha yacía en el suelo y parecía muerta.

CAPITULO IV

—Se le pasará —explicó Emma Manson, acercándose al grupo formado por el matrimonio Evans y Willy.

Manson estaba ocupado en otros problemas y los jóvenes allí acogidos, también.

—¿Seguro que no se ha roto nada en la caída? —preguntó Margaret Evans.

—No, no se ha roto nada, no obstante, la tendremos en observación.

Ronald Evans gruñó:

—Las caídas de caballo son malas.

—Cualquier accidente es malo —te replicó Emma Manson, dándose cuenta de la intención de las palabras de Evans.

—Cabalgar relaja mucho —opinó Willy, añadiendo—: Algo debió asustar al caballo y a la propia muchacha.

—Ella me lo ha contado, pero...

Todos concentraron sus miradas en Emma Manson. Fue Willy quien preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido? Yo estaba cerca y no he podido verlo.

—Dice que ha visto a un perro.

—¿Un perro? —repitieron los tres, casi al unísono.

Fue Margaret Evans quien preguntó:

—¿Tienen perros aquí?

—Tuvimos pastores alemanes, pero ya no los tenemos.

—¿Por qué? —quiso saber Ronald Evans.

—A algunos muchachos les agradaba la compañía de los perros, pero a otros les asustaban de una forma exagerada, los animales lo captaban y se tornaban agresivos con ellos.

—¿Por eso tuvieron que alejarlos? —preguntó la señora Evans.

—No, no fue así. En realidad, un día los encontramos muertos y decidimos que era mejor no averiguar cómo habían muerto. No queremos que los muchachos tengan aquí sentimientos de culpabilidad, es difícil tratarlos.

—No se comprende que un perro atravesara el desierto para llegar hasta aquí. Que yo sepa, no llegan ni los lobos —Comentó Willy.

—Así es, por eso me parece extraño lo que ha contado Silvy.

—¿Cómo era ese perro? —preguntó Margaret Evans.

—Según cuenta Silvy, muy grande, negro, diabólico y perdía sangre por la boca.

Al oír aquella descripción, Ronald Evans palideció intensamente mientras Emma Manson seguía explicando:

—En ocasiones, algunos muchachos han tenido alucinaciones

propias de la situación de dependencia que crea la droga, pero el caballo no tenía por qué sufrir ninguna alucinación. Si se ha asustado, ha debido ser por algo concreto.

Con voz débil, una voz que a duras penas disimulaba su hondo temor, Ronald Evans preguntó:

—¿Y es posible que ese perro esté aquí, en el valle?

—Mi marido ha salido para buscar el rastro. Si está, lo encontrará. Es muy raro que un perro cruce el desierto y con temperaturas tan bajas, pero nunca se sabe, en ocasiones hasta los animales pierden el sentido de la orientación y se comportan de las formas más extrañas.

—¿Y qué harán si lo encuentran? —inquirió Ronald Evans.

Su propia esposa se apresuró a decir:

—Matarlo, claro.

—No, señora, no acostumbramos a matar a los animales. Veremos de curarlo si está herido o enfermo y lo llevaremos a un sitio adecuado. Lo que si haremos es sacarlo de la granja para que no cree problemas.

—Es posible que le estemos dando demasiada importancia a ese perro —opinó Willy—. Si está ahí y ha aparecido por sorpresa, Manson lo encontrará. Sólo será eso, un animal perdido y posiblemente herido por haber atravesado el desierto.

Despacio pero como ausente, Ronald Evans sentenció:

—Si encuentro yo a ese extraño perro, lo mataré.

Todos le miraron. Margaret, su mujer, le dijo:

—Hablas como si le hubieras visto, da esa impresión.

—¿Cómo iba a haberlo visto antes si estoy aquí por primera vez, como tú? La verdad es que comienzo a sentirme encarcelado en este lugar. No entiendo cómo pueden decir que aquí los muchachos se sienten libres...

Emma Manson comprendió que se hallaba en una situación difícil. Sonrió forzadamente y trató de explicar:

—Es que el día es malo, hace frío y ha comenzado a nevar, pero aquí los días suelen ser maravillosos, de intenso sol y cielo azul. Rara vez llueve y también rara vez nieva. Las nubes pasan de largo y no descargan en el desierto. El agua que tenemos llega por las entrañas de la Tierra y mantiene el nivel del lago bastante uniforme. Aunque saquemos agua del lago con bombas, éste no pierde su nivel, debe haber un río subterráneo que en este lugar emerge por diferencias de presión. Lo cierto es que el lago es profundo y el agua, más que suficiente para mantener los riesgos.

—Voy a ver a Silvy —dijo Willy dejando que Emma siguiera tranquilizando al matrimonio Evans que se veía obligado a pasar la noche en la granja.

Afuera seguía nevando, no era una nevada copiosa pero los ligerísimos copos de nieve lo cubrían todo.

Silvy estaba tendida en su cama. La estancia era grande y unas mamparas aislaban unas camas de otras dando cierta intimidad a cada una de ellas. En la habitación había cuatro lechos, allí dormían las muchachas.

El dormitorio de los chicos era mayor y en él había seis camas. Dormían separados, pero la entrada de los muchachos en la alcoba de las chicas no estaba prohibida, aunque Manson les advertía que no quería problemas en la granja. Allí, la libertad era grande, pero no iba a tolerar el libertinaje, ya que se hacía responsable de ellos y cobraba una cuota a los padres de los muchachos. Además, aquella granja de recuperación se sometía a la inspección sanitaria del estado.

—¿Cómo te encuentras, Silvy?

—Bien, aunque he recibido un buen golpazo. Es la primera vez que me caigo de un caballo —dijo sonriendo.

—Eso puede sucederle a cualquiera, tú eres una magnifica amazona. ¿De veras viste a un perro?

—Sí, y no era un perro vulgar. Era negro y muy grande y perdía sangre por la boca. Yo me asusté, pero el caballo más que yo. Me sentí caer y cuando desperté, ya estaba en esta cama. Tú me has traído, ¿verdad?

—Sí, pero no he visto al perro.

—Qué raro, era tan grande que tenía que verse a distancia.

—¿Lo habías visto en otra ocasión?

—Nunca.

—Bueno, Manson, que conoce este lugar mejor que nadie, lo encontrará. Además, con la nieve, seguir un rastro es lo más fácil del mundo.

—¿Ha cuajado?

—Habla comenzado a cuajar, pero no estoy seguro de que al amanecer siga. Dentro de este valle, por sus especiales circunstancias hay unos grados más de temperatura. Cuando amanezca saldré a ver cómo está el tiempo arriba en el desierto.

—Ese perro era distinto, tenía algo satánico. No sé cómo explicarlo, pero el caballo se asustó más que yo.

—Eso parece. Durante unos días vas a tener los dolores de la costalada. ¿Vas a contarle a tu familia esta caída del caballo?

—¿Para qué? No les intereso. La verdad es que soy una cobarde.

—¿Cobarde, por qué?

—Porque sabiendo lo poco que importo a los míos, el deseo que tienen de olvidarse de mí, lo que debería hacer es regresar al mundo y valerme por mi misma sin contar con ellos.

—Si alguna vez buscas un empleo, trataré de ayudarte.
Pese a los dolores. Silvy se rió levemente y preguntó:
—¿Empleo de qué?
—No sé, por ejemplo podría ser de compañera.
—¿Compañera?
—Me gustas, Silvy.
—Willy...
—¿Sorprendida?
—Claro. ¿Cómo puede alguien quererme por compañera si soy una ruina humana?
—Lo fuiste. No te voy a decir nada más hasta que seas capaz de decidir por ti misma salir de la granja. Si yo te sacara de aquí podrías volver a recaer. Se trata de que salgas por tu propio pie, por tu propia decisión y cuando estés segura de que te has curado de la enfermedad de la droga.
—Willy —musitó, levemente temblorosa—. La verdad es que todavía siento miedo. Si estuviera a tu lado todo el tiempo, seguro que no recaería, pero, hay momentos de soledad momentos de debilidad, momentos de tentación. No estoy segura de mi y no puedo arrastrarte en mi posible recaída.
—Hablaremos de eso. Recupérate y recobra la confianza en ti misma.
Se inclinó sobre ella y le dio un beso suave en los labios. Le sonrió y se separó de la muchacha.
Willy se encontró con Emma Manson, le pareció preocupada y preguntó:
—¿Ocurre algo?
—Los muchachos están ya todos recogidos, pero...
—¿Manson?
—Sí.
—¿No ha vuelto?
—He estado vigilando, incluso he subido a la torre, pero no se le ve.
—Andará buscando a ese perro negro.
—¿Crees de verdad que existe ese perro?
—Silvy lo ha visto.
—No nos engañemos, Willy. Estos muchachos, debido a su enfermedad, son propensos a sufrir alucinaciones. Si estuvieras aquí, lo podrías comprobar. Mejoran, si, pero las alucinaciones en ellos no son cosa extraña. Algunos llegan la locura y deben ser tratados en un establecimiento psiquiátrico. En realidad no es que se hayan vuelto locos por la droga, pero si «per se» ya estaban con un pie en el caos de la locura, la droga termina empujándolos a ese abismo, aunque Manson dice que algunos de ellos, por ser ya desequilibrados, suelen enfermar por adición a la droga.

—¿Y qué hacéis en esos casos?

—Cuando el problema es básicamente psiquiátrico, los devolvemos a sus padres para que los lleven a un establecimiento adecuado, pues entonces no se trata de curarlos de adición a la droga, sino de alguna psicopatía. Curando ésta, se cura también la drogadicción. Aquí sólo se pueden curar bien los que tienen el problema de la dependencia de la droga y que han caído en ella por motivos solucionables por la psicología; cuando es de índole psiquiátrica, ya es distinto y más grave. Manson siempre lo dice, aquí no hacemos milagros.

—Siento estar en desacuerdo con vosotros, para mí si hacéis milagros y ojalá hubiera muchos matrimonios semejantes. Ahora voy a salir en busca de Manson.

—Sigue nevando. ¿Cómo vas a buscarlo?

—El valle no es muy grande, unos pocos acres, puedo recorrerlo en pocos minutos con mi jeep. Circular por la granja no es peligroso.

No lo pensó dos veces. Salió al exterior y subió al jeep. Lo puso en marcha, encendió los faros y avanzó por los caminos de la granja. De cuando en cuando se detenía y llamaba con la ventanilla abierta.

—¡Mansooooon!

La llamada se repitió mientras recorría el valle, aquel oasis ampliado por el matrimonio Manson.

Pasó junto al pequeño lago y llegó al extremo más alejado donde el verdor terminaba y comenzaba el desierto. Regresó sin éxito, llevaba el ceño fruncido. Manson tenía que haberle oído.

Volvió a las cabañas de la granja por su parte posterior y aj pasar junto a la gran leñera, los faros iluminaron algo que le produjo escalofríos.

—Dios, Dios, qué horror...

Puso el freno al jeep y se mantuvo unos instantes apoyado en el volante. Después, rehaciéndose de la impresión, saltó al suelo y observó con cuidado.

Manson estaba allí junto al tronco ancho sobre el cual partían la leña con una gran hacha que se utilizaba con dos manos a juzgar por la longitud del mango y el peso de la hoja.

El cuerpo de Manson tenía las manos atadas a la espalda y aparecía decapitado. Allí no estaba la cabeza del infortunado Manson ni el hacha asesina, pero el pedazo de tronco que había servido para la decapitación se hallaba ensangrentado.

No lo tocó, de nada servía mover un cuerpo al que ya faltaba la cabeza, la nieve no cuajaba como en principio había supuesto. Cerró el jeep y anduvo hacia el interior de la cabaña. Emma Manson le esperaba, sus ojos transpiraban preocupación, inquietud.

—¿No lo has visto?

—No, no he visto al perro.
—Vamos, Willy, te estoy hablando de Manson.
—Lo sé. Dime, Emma, ¿antes de esta noche habíais tenido algún problema?
—¿Problema, a qué clase de problemas te refieres?
—No sé, algún ataque, amenazas, intentos de asesinato...
—Willy, ¿qué tratas de decirme? Por favor, ¿qué has encontrado?
—Debes ser fuerte, Emma.
—¿Dónde, dónde lo has encontrado?
—Cerca de aquí. Ven, vamos a llamar al sheriff.
—Espera, Willy, espera... Tienes que decirme lo que ha ocurrido —exigió Emma que hacía esfuerzos por contenerse pero que estaba al borde del estallido, al borde del grito, al borde del sollozo.
—Lo han asesinado. Avisaremos al sheriff y esperemos que vengan pronto.
—¿Cómo ha sido, dónde está?
—Debes ser fuerte, Emma, ha sido muy desagradable.
—Pero, ¿estás seguro de que ha muerto?
—Si, seguro.
—Llévame junto a él.
—Mejor luego. Ahora llamaremos al sheriff, cuanto antes llegue mejor para todos. Aquí hay un asesinato muy peligroso.
—Pero, pero... ¿cómo ha podido ocurrir...?
—Tú misma has dicho que algunos que han llegado a la droga ha sido porque estaban locos o ya tenían un pie en el terrible pozo de la sinrazón.
—Quiero verlo, quiero verlo —pidió, agudizándosele la voz y llenándosele los ojos de lágrimas mientras agarraba a Willy por el anorac.
En vez de rechazarla, Willy la cogió con sus manos y la apretó contra si para que ella se desahogara en sollozos.
En aquel momento. Margaret Evans apareció por la puerta, sorprendiéndoles. En principio, su mirada fue de reproche.
—¡Mistress Evans! —la llamó Willy.
—¿Si?
—Por favor, ayude a mistress Manson.
—¿Ha pasado algo?
—Si, y muy grave.
—¡No puede ser, no puede ser! —gritó Emma.
—Por favor —le exigió Willy— calma, has de tener calma, Manson te la pediría también si pudiera. Piensa en los muchachas.
—¿Quién, quién es l asesino? Dios mío, Dios mío, tan bueno como era...
—Pao, ¿qué están diciendo, que ha muerto Manson? —preguntó

Mistress Evans, terriblemente sorprendida.
—Así es —dijo Willy—, Voy a llamar al sheriff por radio. En cuanto el viento amaine, vendrá aquí en helicóptero. Ahora, es mejor que nadie salga de la cabaña.
—¿Ha sido el perro? —inquirió Margaret Evans.
En vez de responderle, Willy pidió:
—Dígale a su marido que venga a verme.
—Sí, sí, en seguida.
Cuando Margaret Evans se hubo alejado, Emma, esforzándose por ser fuerte en aquellos momentos tan dolorosos para ella, preguntó:
—¿Cómo ha sido?
—Ya lo sabrás. Ahora, si te encuentras mejor, vamos a la radio. Yo hablaré con el sheriff o con alguno de sus ayudantes.
—¿Por qué no quieres decírmelo, Willy, tan horrible ha sido?
—Un asesinato siempre es horrible. No creo que sea el momento para que tú lo veas.
—Si no me lo dices, lo buscaré yo.
—No, no lo hagas, hazme caso. Ya nada se puede hacer, palabra.
Ya frente a la radio, se encaró con ella. Abrió una clavija y tomó el micrófono.
—Atención, atención, aquí la granja Manson... Atención, atención, aquí la granja Manson, cambio. Atención, llamo a estación de policía, atención, llamo a estación de policía, cambio...
Abrió la recepción pero nada se recibía. Willy movió el dial de ajuste y continuó sin recibir respuesta. Se volvió hacia Emma y le preguntó:
—¿Seguro que va bien?
—Sí, esta estación es muy buena. Manson la instaló hace apenas diez meses. Hay una antena arriba, ya fuera del valle, lo que facilita la emisión.
—Pues, parece que no funciona.
—¡Qué extraño! ¿Crees que puede tratarse del mal tiempo?
—No, recibiríamos señal aunque fuera distorsionada.
—Es muy raro, iba bien.
—Habrá que revisarla. Tú que la manejas, ¿todo está bien?
—Pues parece que sí —asintió Emma, dándole un vistazo general.
—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ronald Evans apareciendo junto a ellos.
—Evans, estoy tratando de comunicarme con la policía, pero este aparato parece que no funciona.
—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?
—Manson ha sido asesinado.
—¿Cómo?
—Sí, hay un asesino en la granja.
—¿Está seguro, no ha podido ser un accidente?

—No, no ha sido un accidente y el asesino ha guardado la cabeza de su victima en alguna parte.

Al oír aquellas palabras, Emma se tambaleó, sufrió un ligero desvanecimiento. Willy evitó que cayera al suelo.

La sentó en una butaca y ordenó a Ronald Evans:

—Cuide de ella. Si oye algo por la radio, avíseme, ha quedado abierta, hay que ponerse en contacto con la policía de una forma u otra.

—Y usted, ¿qué va a hacer?

—Reunir a todos los que viven en esta granja.

—¿Cree que ha sido alguno de ellos o alguien que ha llegado de afuera?

—No lo sé, pero si le puedo decir algo: El asesino sabe manejar un hacha para cortar cabezas.

CAPITULO V

Willy movió la cabeza con actitud pesimista.
—La radio no funciona, es como si hubieran quitado una pieza de su interior.
—¿Sabotaje? —preguntó Ronald Evans.
—Abriré el aparato y miraré en su interior, pero yo creo que si ha sido saboteada. Mañana partiré con el jeep y traeré a la policía, o mejor yo los aviso y ellos llegarán en el helicóptero en cuanto puedan.
—Pues; nos lleva a nosotros con usted —puntualizó Ronald Evans.
—¿Cómo dice?
—Sí, no olvide que vinimos con usted y nos marcharemos con usted.
—No teman, la policía vendrá aquí y les rescatará. Yendo solo iré más rápido.
—Ni lo píense, le hemos contratado para venir y para devolvernos a la ciudad donde hemos dejado nuestro propio automóvil.
—Me da la impresión de que tiene miedo.
—Mi mujer está muy asustada. El que le corten la cabeza a un hombre hace muy poca gracia, máxime si no olvidamos que el asesino está cerca de nosotros y en un lugar tan solitario como éste, el asesino puede ser cualquiera de los muchachos.
—O usted mismo.
—¿Yo? ¿Qué dice? —bramó—. ¿Cómo se atreve a acusarme?
—No es que quiera acusarle, es que puede haber sido cualquiera. No se borre usted mismo de la lista de sospechosos.
—En ese caso, también puede ser usted el asesino.
—Puestas así las cosas, naturalmente.
—Y puede aparecer como más sospechoso si intenta huir solo.
—Yo no trato de huir, simplemente voy a buscar a la policía.
—Podía ser usted quien ha estropeado la radio para tener la coartada de marcharse solo en el jeep.
—Usted ha leído demasiadas novelas de Agatha Christie.
—No es momento para burlas.
—Hemos de sacar esta situación adelante, Evans. Con la muerte de su esposo, Emma está muy afectada. Aquí debe quedar un hombre responsable si yo salgo en busca de la policía.
—¿Y si esperamos todos juntos a que se presente el sheriff? Dijo que vendría por aquí a ver a los Manson.
—Puede tardar un mes.
—¿Un mes, tanto? —repitió, alarmado.
—Sí.
—Yo no me siento capaz de controlar a esos jóvenes difíciles. Lo he

pasado muy mal con mi propio hijo, no he sabido sujetarle. ¿Cómo iba a gobernar a casi una docena de ellos? No, no, imposible. Fíjese en Manson, él era un hombre de los buenos, de gran valía, un hombre fornido además; sin embargo, ¿qué ha ocurrido? Uno de esos muchachos le ha cortado la cabeza.

—Muchacho o muchacha.

—¿Cree que una chica ha podido cortar la cabeza de un hombre tan fuerte como Manson?

—Sí, entra en lo posible. Un golpe traicionero en la nuca, con un objeto contundente, puede tumbar a un hombre. Se le atan luego las manos a la espalda, se le pone la cabeza sobre el tronco que se utiliza para trocear la leña y como si fuera un verdugo medieval, pues...

—No, no siga, me horroriza.

—Esta situación me gusta tan poco como a usted, pero está ahí y hay que aceptarla como es.

—¿De verdad cree que una mujer puede decapitar a un hombre con un hacha?

—Sí, si no tiene suerte al primer tajo, puede rematar el trabajo al séptimo o al décimo golpe.

—Creo que voy a enfermar —gimió.

—Un momento, Evans, un momento —le pidió antes de que se alejara.

—¿Qué quiere ahora?

—El perro..

—¿El perro? —repitió, con la estupidez reflejada en su rostro.

—Si, ese perro que Silvy dijo ver. Tengo la impresión de que usted sabía algo de él.

—¿Yo, cómo iba a saberlo? No soy de aquí, jamás antes he estado en este Fugar.

—Tengo la impresión de que usted sabe algo de ese perro.

—No trate de involucrarme en nada de lo que ocurre en esta granja. Nos iremos de aquí con mi hijo, ya que Manson ha muerto. Además, este sitio no es de fiar.

Apenas acababa de hablar cuando se produjo un inesperado corte de energía eléctrica y quedaron a oscuras.

—¿Qué significa esto ahora? —bramó Evans, más asusta do que molesto.

—No sé, se ha ido la luz eléctrica, iré a ver qué ocurre.

—¿Ocurre muy a menudo? Yo creía que aquí estaba todo previsto.

—Deje de gruñir y muévase, busque algo para iluminamos.

—¿Yo? Oiga, ¿quién se cree que es para darme órdenes a mí?

Willy no podía responderle porque ya no estaba en la misma

estancia. Ronald Evans se asustó y al sentirse solo, se apresuró a encender la llama azulada de su mechero.

—¡Emma! —llamó Willy al descubrirla a unos pasos de distancia.

—¿Qué ha pasado?

—Es lo que yo quería preguntar. ¿Sucede esto muy a menudo?

—¿Los cortes de energía?

—Sí.

—No, no son usuales, el motor siempre funciona bien.

—Tendré que ir a ver lo ocurrido. ¿Puedes conducirme primero a la caja de fusiles?

—Sí, claro, está en la cocina, junto a la puerta que da al patio de las gallinas.

—¡Fuego, fuego! —gritó Margaret Evans.

Willy y Emma corrieron hacia la sala donde varios jóvenes miraban por las ventanas. Las llamaradas iluminaban el interior de la estancia; afuera, los vehículos a motor ardían aparatosamente.

—¡Maldita sea! —rugió Willy.

Corrió hacia el exterior seguido de un par de jóvenes. Buscó agua, encontró un grifo y una manguera y desde cierta distancia, comenzó a lanzar agua sobre el jeep que ardía por los cuatro costados, dejando escapar una espesa y maloliente humareda.

—¡Hay que apagar los fuegos como sea, hay que apagarlos! —gritaba Willy.

Había agua, pero no en la forma adecuada contra incendios para poder apagar los dos jeeps y el camión oruga, los tres vehículos ardían sin remedio.

Rabioso, Willy arrojó sobre el jeep uno de los cubos de plástico que se fundió y ardió con inusitada rapidez.

—¡La madre que lo parió! —explotó, lleno de cólera e impotencia. De nada servía arrojar más agua sobre los vehículos que continuaban ardiendo.

Se volvió de pronto hacia los dos muchachos que se hallaban junto a él y les interpeló duro y agresivo.

—¿Quién de vosotros ha sido?

Los dos chicos se miraron entre sí y uno de ellos se puso a temblar, Willy se dio cuenta de ello. Aquel joven empezó a gritar y echó a correr hacia la noche.

—Vaya, sólo falta que corra... —Se encaró con el otro muchacho y preguntó—: ¿Crees que ha sido él?

—No, no ha sido él, estábamos juntos.

—Tú eres el hijo de los Evans, ¿no?

—Sí, soy Alex.

—Vamos adentro, ése ya volverá. ¿Cómo se llama?

—Ha dicho que Ben.

—Bien, ya habrá tiempo de hablar con él.

Entraron en la gran cabaña donde seguía faltando la luz eléctrica, pero habían conseguido encender una lámpara de gas pro paño. La pantalla blancuzca daba luz suficiente para que pudieran verse las caras.

—Emma, ¿quién falta aquí?

Pese a lo sucedido a Manson, la mujer trataba de mantenerse fuerte y serena. Miró en derredor y dijo:

—Falta Ben.

—Ese, ya lo sé.

—Y Silvy.

—Estaba en la cama —dijo Willy—. ¿Quién más falta?

—¿Habéis visto a Samantha? —preguntó Emma.

Todos se miraron entre sí.

—Parece que Samantha no está —opinó Willy.

Ronald Evans preguntó:

—¿Puede ser ella la del hacha?

—¡Cállese! —Je gritó Willy. Los muchachos estaban allí por desequilibrios psíquicos y Ben ya había huido gritando, como enloquecido.

—¡Esto es horroroso! —comenzó a chillar Margaret Evans con histeria desatada. Ni su marido ni su hijo hicieron nada por calmarla.

—Voy a ver si está con Silvy —dijo Willy.

—¿Qué está pasando? —inquirió Silvy cuando el hombre llegó junto a su cama. La muchacha tema una linterna en su mano, con su foco de luz identificó el rostro de Willy.

—Han cortado la luz eléctrica, pero lo peor es que han quemado los vehículos.

—¿Quemado los vehículos, insinúas que lo han hecho adrede?

—Sí, no me cabe ninguna duda. El asesino debe haber abierto los depósitos de carburante. Les habrá puesto la «corbata» en los tubos hasta humedecer los trapos y luego, habrá prendido fuego.

—Pero ¿por qué?

—Para que no escapemos de este lugar.

—No entiendo.

—Ya te lo iré explicando. Silvy, ¿has visto a alguien por aquí?

—Ahora que lo dices, alguien ha estado aquí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Te ha hablado?

—No, yo he llamado, pero no me han respondido.

—¿Y Samantha, has visto a Samantha?

—No, ¿por qué?

—Silvy, ¿cómo te encuentras?

—Débil y algo mareada.
—Será mejor que no estés sola aquí.
—¿Por qué? Cuéntamelo todo.
—Te lo contaré, pero ahora te llevaré al salón.
—No, no es necesario que me lleves en brazos, puedo andar. ¿Tan grave es la situación?
—Como más tarde o más temprano tendrás que saberlo, te diré que Mason ha sido asesinado.
—¡Qué horror! ¿Y quién ha podido hacerlo?
—Lo ignoramos. ¿De veras puedes caminar?
—Sí, claro que sí. Me duele todo pero puedo esperar.
La trasladó al salón cogiéndola por el brazo para ayudarla. Una vez en el salón, Silvy se hundió en una mullida butaca, aunque en su rostro se notaban guiños de dolor.
Willy, con la linterna en la mano, pidió:
—Que nadie se mueva de aquí y usted, señora Evans, deje ya de chillar o de lo contrario me veré obligado a darle un par de bofetadas.
—¿Cómo se atreve a decirle eso a mi mujer? —gruñó Ronald Evans, airado.
—Usted, tranquilo. A las mujeres les doy bofetadas si llega el caso, pero a los hombres, puñetazos. No creo que le convenga.
—¡Es usted un...!
Ayudado por la linterna, Willy inspeccionó la caja de fusibles. Observó que dos limitadores, el general y uno de red parcial, estaban saltados. Los conectó de nuevo y se produjo un chispazo. Hubo luz una fracción de segundo y luego volvieron a quedar sólo con la lámpara de gas propano.
Comprendió que nada podía hacer en aquel momento. Algo ocurría en la línea de suministro, debía haber un cortocircuito en alguna parte. Tendría que esperar al día siguiente para encontrar el punto dañado de la red. Buscar la avería, posiblemente provocada como la avería de la radio, podía llevarle varias horas y había otras cosas más importantes que hacer.
Salió al exterior, los vehículos seguían consumiéndose. Ya no estaban envueltos en llamas, pero era fácil descubrir rescoldos enrojecidos en ellos.
Por puro instinto, fue hacia el cuerpo decapitado de Manson, aquel hombre íntegro que había trabajado por los jóvenes, por su rehabilitación social, y aunque cobrara por ello, lo invertía en convertir aquel valle en algo magnífico donde se pudieran refugiar más jóvenes con problemas.
Willy se quedó frío, no podía creer lo que veía. En el suelo yacía el cuerpo sin cabeza de Manson, pero jumo al tronco que servía para cortar la leña había otro cuerpo con las manos atadas a la espalda.

—Dios. Dios, otra ejecución...

Era una muchacha, también había sido decapitada.

Había sangre en abundancia, el espectáculo estremecía hasta lo más hondo y tampoco la cabeza estaba allí.

Se acercó al cuerpo y le cogió la mano. Estaba caliente, el crimen debía ser muy reciente.

Escuchó una mezcla de aullido y alarido.

Regresó al interior de la gran cabaña. En la sala estaban todos expectantes, como aguardando a que les explicaran algo que arrojara un poco de luz sobre los siniestros acontecimientos.

—¿No has podido localizar la avería eléctrica? —preguntó Emma con voz apagada. Le costaba un gran esfuerzo mantenerse en pie, aún no había visto el cadáver de su marido.

—La avería ha sido provocada, estoy seguro.

—¿Por quién?

—Por el asesino.

—¿Y no puede ser alguien que haya llegado a la granja?

—preguntó Ronald Evans—. Si nosotros hemos podido atravesar el desierto con un vehículo, alguien más puede haberlo hecho.

—Sí, es una posibilidad a tener en cuenta, ya hablaremos de ello. Lo que quiero decirles ahora es que el criminal ha vuelto a actuar y he oído un aullido de perro o de coyote, ha sido el aullido de un perro que suena distinto.

—No entiendo lo del perro —observó Emma—. Aquí no teníamos perro, pero es que además un perro no puede haber decapitado a Manson.

—Cierto, pero hay algo que une a ese perro con el asesino, estoy seguro.

—Yo vi al perro y me produjo una sensación de horror, no sé si por lo grande, por sus ojos rojos, por la sangre que perdía por la boca o por su color negro, pero lo que si sé es que era muy desagradable. Si no lo hubiese sido, el caballo no se habría asustado tanto y no me hubiera arrojado contra el suelo.

Willy inquirió:

—¿Alguien más ha visto a ese maldito perro?

Ronald Evans, algo dubitativo cuando pretendía ser tajante, dijo:

—¿Y qué importancia podría tener el verlo? Lo que hay que hacer es encontrar al que ha estropeado la radio, al que nos ha dejado sin luz eléctrica, al que ha destruido los vehículos para que tengamos dificultades en regresar, al asesino de Manson...

Willy añadió:

—También ha sido asesinada una muchacha.

—¡No! —exclamó Emma.

—Creo que es Samantha, pero... Desgraciadamente, su cabeza

tampoco está en el lugar del crimen. El asesino se lleva las cabezas no sé por qué ni adónde, se las lleva consigo y es evidente que sigue teniendo en su poder el hacha con que ejecuta sus crímenes. Podría asesinar atacando por sorpresa a sus víctimas, un hachazo sería suficiente, pero no se conforma con eso. Les ata las manos a la espalda como si estuviera en un ritual y los lleva a lo que puede considerar el cadalso donde los ejecuta cortándoles la cabeza.

—¿Como un verdugo? —preguntó Ronald Evans.

—Así es —asintió Willy—, El asesino tiene mentalidad de verdugo.

—Falta un chico aquí, ¿verdad? —preguntó Evans.

—Sí, uno que se fue gritando —aclaró Willy—. Se llama Ben.

—Pues si él no está con nosotros, es el asesino —acusó Ronald Evans, ansioso de señalar a alguien concreto, quizá pensando que así sería más fácil liberarse de la horrenda pesadilla.

—Yo no creo que haya sido Ben —opinó Willy—. Y me inclino a creer que si no regresa, pronto va a convertirse en la nueva víctima del sanguinario verdugo.

—¿Por qué, por qué mata? —gimió Emma.

—No lo sé, pero ha utilizado un hacha de considerables dimensiones, aunque el asesino lo mismo puede ser un hombre que una mujer si ataca por sorpresa.

—¿A qué lugar me habéis traído, a qué lugar? —dijo Alex con voz quejumbrosa y en tono de reproche.

—¡Quiero irme de aquí, quiero irme! —gritó Margaret Evans, presa nuevamente de un ataque de histeria.

Willy se acercó a ella y la abofeteó con dureza. El rostro de la mujer fue sacudido de un lado a otro sin que Ronald Evans se moviera para salir en su defensa.

Alex tampoco se movió, aunque sus ojos brillaron de forma especial.

La mujer dejó de gritar y de llorar, dobló la cabeza hacia adelante, como vencida, y Willy dijo entonces:

—No se va a mover nadie de aquí hasta que salga el sol.

—¿Y el muchacho que falta? —preguntó Ronald Evans.

—Regresará cuando pueda y por sus propios medios, no saldremos a buscarlo hasta que haya luz del día. No vamos a dar otra oportunidad para que el verdugo vuelva a utilizar el hacha que tiene escondida en alguna parte. Mañana buscaremos esa hacha ensangrentada y el que la encuentre, que lo diga, pero que no la toque. Tarde o temprano descubriremos al asesino y lo que hemos de evitar es que vuelva a actuar.

CAPITULO VI

El día nació despacio, torturantemente despacio, parecía que nunca fuera a envolverles su claridad.
Una niebla baja se pegaba al suelo, se deshilachaba y era tan gélida que respirarla helaba los pulmones.
—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ronald Evans.
—Hay que trabajar, hay que recuperar el fluido eléctrico. Veremos de solventar la avería de la radio para poder llamar al sheriff.
—¿Y si no lo consigue? Porque usted es ahora el responsable de todo esto.
Delante de todos, Willy se encaró con Ronald Evans.
—¿Yo el responsable, por qué yo?
—Porque usted se ha erigido en jefe. ¿O acaso ahora pretende no darse cuenta?
—Yo no soy jefe de nada.
—¿Ah, no? Pues cada vez que exige algo pretende ser obedecido de inmediato.
—Es en bien de todos, alguien ha de tomar decisiones.
—Eso es. alguien ha de tomarlas y usted las toma, por lo tanto es el jefe. Dígame, ¿cómo vamos a salir de aquí?
—Oiga, Evans, ¿me está liando?
—¿Yo? —miró en derredor y preguntó—: ¿Quién es el que manda ahora?
—Basta, aquí todos tenemos que hacer algo para no dejar que un verdugo psicópata siga asesinándonos. El que tenga ideas, buenas ideas, que las exponga.
—Lo mejor sería que alguien cogiese dos caballos y se fuera a la ciudad para avisar al sheriff —propuso Silvy.
—Una magnífica idea. ¿Alguien tiene otra? El rescate tendrá que llegar desde el exterior, la policía ha de arrestar al asesino.
Ronald Evans inquirió:
—¿Y quién irá a la ciudad con esos dos caballos?
—Alguien que sepa montar. Emma...
—¿Yo?
—Sí, tú sabes montar muy bien y además conoces el camino mejor que nadie.
—No, tú lo conoces mejor.
—Palabra que me gustarla coger esos caballos y largarme, sería lo más fácil para mi. ¿Es que no te das cuenta?
—¿Y los demás? —preguntó Alex. ,
—Esperaremos aquí hasta que llegue la policía. No tenemos vehículo con que salir de la granja. Hay que atravesar un desierto en

malas condiciones, arriba hace un frío infernal. Aquí abajo, el agua hiela pero no es nada comparado con el frío y el viento del desierto. Para llegar con los caballos al bosque, hay que conocerlo y además turnar a los caballos para darles reposo, sólo así se conseguirá llegar a la carretera y de allí al primer teléfono no hay mucha distancia.

—De acuerdo, Willy, iré yo, Manson lo hubiera querido así.

—No lo dudes, Emma. Mientras, aquí trataremos de solucionar los problemas que tenemos y si descubrimos quién es el asesino, lo pondremos a buen recaudo hasta que se lo lleve el sheriff.

—Antiguamente, en este país se linchaba a los asesinos de esa categoría —observó Ronald Evans.

—Cuando uno se halla frente a un tipo de asesino como ese, visceralmente siente deseos de acabar con él con sus propias manos, pero somos civilizados. Si hay pelea, lucharemos y si muere en esa pelea, creo que nadie lo va a lamentar, pero si lo capturamos lo dejaremos bien sujeto hasta que el sheriff se lo lleve. ¿Alguien está en desacuerdo?

Nadie osó replicar. Todos estaban amedrentados. Willy se encaró con los muchachos, que eran cuatro, y les dijo:

—Vosotros vendréis conmigo. Usted, Evans, se quedará aquí con las mujeres.

Willy hizo que cogieran mantas y plásticos y con ese material fueron junto a los cadáveres.

—Vamos, ¿qué os pasa? ¿Es que no podéis ayudarme? Hay que cubrirlos con cuidado, tocando lo mínimo. Las cosas han de quedar como están para que la policía pueda investigar. Después de todo, aquí no hay fieras y nadie tocará los cuerpos.

Luke preguntó:

—¿Y el perro negro?

—Ahora iremos en su busca. Coged palos o herramientas de jardín que no sean pesadas.

—¿Para qué? —preguntó Alex Evans.

—Para defendernos de esa bestia negra si es que existe, buscaremos sus huellas. Vamos, rápido.

Con dos azadas, un rastrillo y una pala, los muchachos ex drogadictos siguieron a Willy el cual iba con las manos desnudas.

—Primero intentaremos encontrar a Ben. Vosotros dos, id por el oeste del lago y los otros dos, por el este. No os separéis, recordad que hay un asesino suelto y es muy peligroso. Si ha cometido ya dos crímenes, no le importará matar una vez más.

Se separaron.

Willy se fue aproximando al lago cuando descubrió huellas de perro en la tierra blanda.

—Maldita niebla —se lamentó mientras seguía las huellas que terminaron en la orilla del lago.
De pronto, escuchó un grito de llamada.
—¡Aquí, aquí!
—¿Dónde, este u oeste? —pregunto Willy, voceando.
—¡Al este! —gritó una voz.
Fue en la dirección indicada. Encontró a los dos muchachos, uno de los cuales, Alex Evans, estaba inclinado sobre el agua.
—¿Qué pasa?
—Mira, está flotando—. Señalaron un punto del lago.
Willy avanzó rompiendo el frágil hielo de la orilla hasta coger una manga. Siguió un cuerpo humano que arrastró hasta la orilla.
—Mala suerte, se ha ahogado —se lamentó Willy.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alex.
—Lo llevaremos a la cabaña y lo pondremos en el arcón de las herramientas.
Willy aguardó a que todos los chicos estuvieran reunidos. Tomó el cadáver helado y se lo cargó sobre los hombros, dándose cuenta de que aunque los muchachos fueran cuatro, careciendo de unas parihuelas iba a ser de mal transportar.
Resultaba más práctico, aunque fatigoso, cargárselo sobre los hombros como si fuera una pieza de caza recién cobrada y echar a andar.
Los jóvenes no dijeron nada, le observaron con admiración. Willy se detuvo en algunas ocasiones para descansar pero no para descargar el peso de sus hombros. Ninguno de los jóvenes le dijo nada respecto a sustituirle en el transporte del cadáver.
—¡Willy, Willy!
—Silvy, ¿qué sucede?
—Se han ido...
Al ver el rostro ya cadáver del que fuera su compañero de recuperación, no pudo contener un grito de horror.
—Se ha ahogado. Vamos a dejarlo en el cobertizo de las herramientas. A este paso, no va a quedar nadie vivo aquí. Acompáñanos.
Silvy se repuso y aunque dolorida por las secuelas de la caída, les siguió.
Willy dejó el cadáver a cubierto y lo tapó con una lona que encontró. Mientras cerraba la puerta se preguntó:
—¿Quién será el próximo?
—Willy, Willy, se han ido.
—¿Quiénes se han ido?
—Los Evans.
—¿Y adónde?

—Han cogido los caballos... —explicó Silvy nerviosamente.
—¿Los caballos?
—Sí.
—¿Cuántos? Vamos, ¿Cuántos han cogido?
—Todos, los cuatro.
—¡Bastardos! —rugió. Se volvió hacia el rubio Alex y mirándolo a los ojos intentó disculparse—. Perdona, chico, no quería insultar a tus viejos. —Volvió a encararse con Silvy para preguntarle—: ¿Cuánto hace que han marchado?
—Al poco de alejaros vosotras.
—Pues por lo menos nos llevarán media hora.
—Más o menos —admitió la joven.
—Lo que quiere decir que ya están en el desierto. Para alcanzarlos a pie habría que correr mucho y llevando ellos cuatro caballos, dos para cabalgar y dos de repuesto, no sería fácil darles alcance.
—Mi madre apenas sabe montar —dijo Alex.
—¿Ah, no?
—Sólo ha montado en algún poney de feria.
—Si es así, tendrá problemas. Esos caballos son altos de patas, y como se caiga, va a quedar maltrecha, aunque por la forma en que vienen comportándose, tu padre es capaz de dejarla sentada en el desierto y continuar él solo. Con lo asustado que está, no me sorprendería que lo hiciera.
—Emma ha dicho que da lo mismo que ellos avisen a la policía. Ella prefiere quedarse aquí junto, junto...
Willy le pasó una mano por el hombro.
—Vamos, todavía somos unos cuantos con las cabezas sobre nuestros troncos. El asesino cada vez tendrá más problemas para moverse en la impunidad. El que vea a alguien con un hacha en la mano, que no se lo calle —pidió, sarcástico—. Ahora, vamos adentro, hay que recobrar el fluido eléctrico. Le tengo unas ganas al hijo de perra que está comportándose de esta forma tan sádica... —Se volvió hacia los cuatro chicos y apuntándoles con su índice, silabeó—: Tengo la impresión de que es uno de vosotros y voy a tener dificultades para contenerme cuando le ponga las manos encima. Ahora, vamos todos adentro. Hay que encontrar la avería eléctrica, de lo contrario pasaremos un mal rato esta noche. Por cierto, ¿alguien entiende algo de radioemisores?

CAPITULO VII

—Tengo miedo.
—Estoy cansado de oírlo —gruñó Ronald Evans mientras buscaba con sus ojos alguna señal que le indicara el camino correcto a seguir.
Un viento helado barría el suelo, borrando las rodadas del jeep. Otro más experto habría hallado señales suficientes para seguir el rastro, pero los Evans no lo eran. Se habían desviado ya del camino y con mucha suerte confiaban en salir del desierto.
—Tengo frío, Ronald, mucho frío.
—Yo también, cierra la boca.
—Si me cayera del caballo podría romperme un hueso, ¿verdad?
—Si no callas te lo romperé yo —masculló.
—¿Cuándo llegaremos a los árboles?
—No lo sé.
—¿Nos hemos perdido?
—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé!
—No te irrites conmigo. El desierto me da miedo, no se ve el final por ninguna parte. Hace mucho viento y frío, no es como yo pensaba.
—Tú estás cansada de ver el desierto en las películas, pero el desierto también es esto y la superficie de la Luna. Si no avanzamos en círculo, llegaremos a alguna parte, ya lo verás.
—¿Y el sol?
—Está detrás de las nubes.
—¿Por qué no llueve aquí?
—Será porque esta tierra está maldita, pero será mejor que no llames al mal tiempo. Si nos llueve o nieva encima, será peor.
Escucharon unos ladridos. Ronald Evans detuvo su montura y aguzó el oído.
—Es el perro, Ronald, es el perro.
—Un perro no puede hacer gran cosa y menos yendo a caballo.
La lástima es que no disponga de un arma de fuego. Tengo unas ganas locas de cargarme a ese maldito perro, ya debí matarlo con el coche.
—¿Con el coche, cuándo?
—Lo vi cuando iba a por la droga para Alex. Le di un trompazo con el coche, creí haberlo matado, pero se quedó atrás, perdiendo sangre por la boca.
—No puede ser él mismo, Ronald, no puede ser el mismo...
—Yo creo que sí lo es. Lleva al diablo dentro de la piel, por ello es mejor marcharse cuanto antes de este lugar.
—No lo comprendo, no lo comprendo...

—Yo tampoco, pero es mejor que nos vayamos.

Los ladridos broncos del gran perro negro se oían cada vez más cerca hasta que le vieron aproximarse con los colmillos desnudos, perdiendo sangre.

—¡Ronald!

—¡Es el mismo! —chilló el hombre.

Los caballos se asustaron y Margaret Evans cayó de la montura lanzando un grito de dolor.

Ronald quiso controlar a su caballo, también lleno de pánico, cuando ante ellos se perfiló una figura humana que avanzaba por detrás del perro.

Era un ser que vestía camisa azul y pantalones rojos. Se cubría la cabeza con una capucha negra y sus ojos asomaban por unos orificios. Había otro agujero para respirar por la boca. Aquel desconocido llevaba entre sus manos la temible hacha.

—¡El verdugo! —gritó Ronald Evans, y taloneó a su caballo soltando a los otros para poder huir mejor.

—¡Ronald, no me dejes, no me dejes! —chilló Margaret Evans caída en tierra, con un brazo roto y una pierna violentamente torcida.

Todo su cuerpo estaba magullado mientras el perro se la acercaba con su aspecto tan siniestro como repugnante.

Ronald Evans no quiso saber nada de su mujer, se olvidó de todo y de todos, sólo trataba de huir. La figura del verdugo con el hacha ensangrentada entre las manos lo había enloquecido de pánico.

En su desesperación, hizo galopar al caballo sin freno, ansioso de hallar la salvación escondiéndose entre los árboles. Mas su montura, ya agotada hasta la total extenuación, profirió un largo y agudo relincho y cayó de bruces haciendo caer también al jinete. Lo lanzó por encima de su cabeza hasta rodar por el suelo.

Ronald Evans se volvió y a cierta distancia descubrió la figura del verdugo que avanzaba con el hacha entre sus manos.

No corría, caminaba paso a paso, como si tuviera la certeza absoluta de que el reo al que iba a ajusticiar no escaparía, su víctima le aguardaría en el patíbulo.

—No, no, no —gimió Ronald Evans, entre alucinado y despavorido.

Se reincorporó y arrastrando un pie, echó a correr.

Con el dolor y la torpeza que ya le atenazaban, cayó de nuevo. Reptó por el suelo arenoso y yermo. Miró hacia atrás y tornó a ver al verdugo, ahora más cerca, acompañado del perro negro que eternamente semejaba escupir sangre por entre los colmillos.

—No, no, no quiero morir, no quiero morir... —repetía desesperado, sin valor para enfrentarse a aquel ser que seguía avanzando hacia él.

Ronald se reincorporó una vez más y corrió sin saber en qué dirección lo hacía. Lo importante era correr, correr, alejarse cuanto

más mejor del verdugo que no parecía tener prisa, pero que avanzaba hacia él de forma inexorable. La distancia entre ambos era cada vez menor...

—¡No, no he hecho nada, nada! —gritaba Ronald Evans ya descompuesto, desencajado, aspirando excesiva cantidad de aire entre sus palabras, entrecortándolas.

Los ojos del verdugo podían verse por los agujeros de la capucha y tenían una mirada fría, gélida. Iba a cumplir con su trabajo, era, como si hubiera recibido una orden y le importara poco que ésta estuviera bien o mal dada.

El hacha estaba en sus mano manchada ya de sangre y el hombre al que consideraba el reo que había de ejecutar se arrastraba por el suelo ya falto de fuerzas, con el pavor paralizándole las piernas, impidiéndole correr.

Era ya como un pez fuera del agua. Se debatía dando coletazos sin avanzar en ninguna dirección mientras su boca desesperadamente abierta buscaba aire, mucho aire.

Rebasó unas rocas que emergían de entre el suelo yermo y arenoso y de pronto descubrió la granja. Había estado dando vueltas por el desierto.

—La granja —musitó ya sin voz, incapaz de gritar.

Alzó la mano para llamar la atención cuando la pesada hoja del hacha descendía con fuerza sobre él. La sangre salpicaría en derredor.

El diabólico perro comenzó a ladrar y a lo lejas se escuchó un agudo y lacerante grito de mujer.

CAPITULO VIII

—¡Silvy, Silvy!

La muchacha semejaba haber perdido la razón, sus ojos hablan quedado fijos en el horizonte.

Willy le cacheó las mejillas sin fuerza pero con firmeza. De pronto, ella volvió en si. Le miró, le reconoció y volcó su cabeza sobre el pecho masculino, comenzando a sollozar con fuerza.

—Vamos, Silvy, estás bien, estás bien.

—Lo he visto, lo he visto.

—¿Visto?

—Si, sí, lo he visto —repetía ella sin atreverse a levantar la cabeza.

—¿A quién?

—Al verdugo.

—¿Dónde?

—Arriba, en el desierto.

—Habrá sido una alucinación.

—No, no, lo he visto.

—Vamos, Silvy, todos estamos nerviosos y cuando eso ocurre...

—No. no, no...

Golpeó con su puño en el pecho del hombre como si pretendiera abrir una puerta que no había forma de franquear. Willy la dejó que se desahogara. En realidad, aquellos golpes no le producían mella alguna, poseía una fuerte caja torácica.

Silvy volvió a derrumbarse sobre el pecho masculino.

—Lo lie visto, lo he visto —repitió llorando—. No ha sido una alucinación.

—¿Qué ha visto? —preguntó Emma con voz sombría.

—Al verdugo.

—¿Verdugo?

—Sí, dice que lo ha visto arriba, en el desierto.

—El desierto no se ve desde aquí —objetó Emma Manson.

—Pues lo he visto, la niebla no me lo ha impedido, lo he visto arriba.

—Bien, será mejor comprobarlo. Vamos a ir allá tú y yo, así verás por ti misma que se trata de una ilusión óptica.

—¡No, yo no voy!

—Si no vienes es que no eres capaz de enfrentarte a la realidad y el que no lo hace, no puede recobrar su personalidad. Todos tenemos miedo, pero hay que hacer acopio de fuerzas y vencerlo. Hay que dominarse, controlarse.

—Será mejor que no vaya —opinó Emma.

Willy se quedó mirando a la muchacha con fijeza. En los ojos azules de Silvy había súplica.

—¿Qué dices tú, Silvy?
La muchacha alargó su mano para que Willy se la cogiera.
—Dame fuerzas, me harán falta.
—De acuerdo. —Le tomó la mano y se la estrechó como transmitiéndole toda la energía que de su fortaleza física y moral podía emanar.
—Emma...
—¿Si, Willy?
—¿Crees que puedes vigilar la granja durante unos minutos?
—Claro, es de día.
—Los muchachos están buscando la avería eléctrica, no te darán guerra.
—Willy, antes de marcharte...
—¿Qué?
—No te vayas tú también.
—No temas. Emma.
—Ya ha habido demasiada sangre, es una tragedia que jamás había podido llegar a sospechar que ocurriera.
—Hay una demencia diabólica desatada.
—Si, sólo así puede explicarse.
—A Manson lo cogieron por sorpresa, fue el primero en caer. Si estuviera vivo, sabría descubrir la verdad.
—Si, es posible, pero ya no se puede contar con él.
—¿Estás armada?
—No poseemos ningún arma de fuego, pero tengo una pistola lanzaseñales.
—Si ves algún peligro, aunque sea de día, dispárala.
—Lo haré.
Willy tiró de la mano de Silvy, llevándosela consigo. Se alejaron de las edificaciones de madera y piedra con forma de cabañas incluidos los establos y cobertizos que componían el conjunto de aquella granja modélica.
—¿En qué dirección lo has visto?
—Allá arriba. —Señaló donde el verdor terminaba, donde el horizonte se rompía en una línea continua, un horizonte por culpa de la niebla alta.
—Pues vamos allá.
—Es que...
—¿Sigues teniendo miedo?
—No, no es eso.
—¿Entonces?
—Es que ya no estará.
—Si no ha sido una alucinación, habrá dejado huellas.
Silvy le siguió sin preguntarse si Willy sería capaz de descubrir el

rastro. Willy poseía la energía que a ella le faltaba.
Dejaron atrás los árboles, la hierba que los Manson habían conseguido hacer crecer en aquel lugar, la tierra se hada más rala. Al fin, llegaron a lo alto.
—¡Allí! —señaló Silvy.
Al descubrir el bulto en el suelo, Willy intuyó la tragedia.
—Será mejor que te quedes aquí.
—No, no.
—Quédate —exigió con firmeza.
—No —Silvy se rebeló—. Quiero saber por mí misma que no era una alucinación, que no estoy loca.
El hombre vaciló. Al fin, apretó la mano femenina y dijo con decisión:
—Vamos.
Antes de llegar junto al cuerpo caído. Willy apretó los labios y se detuvo.
—No es preciso que sigamos.
—No era una alucinación, ¿verdad?
—No, no lo ha sido, es evidente. Ese cuerpo es el de Ronald Evans.
—Lo han matado...
—Como a Manson, como a Samantha. No te acerques más.
—No... no tiene cabeza —balbuceó ella.
—El verdugo se las lleva, las debe esconder en alguna parte junto con el hacha. Lo que habría que hacer es encontrar su rastro para hallarle a él. Quédate aquí.
—No, Willy, no te alejes, tengo mucho miedo.
—No me alejo. No temas, sólo quiero buscar el rastro. Lo importante para ti es que no ha sido una alucinación.
Después pensó que para Ronald Evans habría sido mejor que la muchacha se equivocara.
Había sangre en el suelo, la decapitación debía haber costado. Posiblemente el verdugo había propinado varios hachazos a su víctima.
El primer tajo debía haber matado ya a Ronald Evans, pero no lo había decapitado. Siguió el rastro de sangre, pero éste se dirigía al desierto y no hacia la granja.
De pronto, cuando Silvy temía que Willy se alejara demasiado, dejándola completamente sola, el hombre se detuvo.
—Maldita sea, el rastro ha desaparecido.
—¡Willy, Willy, el perro, el perro! —gritó Silvy.
El hombre se volvió y descubrió el perro a distancia, a demasiada distancia como para pretender alcanzarle. Se alejaba hacia una arboleda y llevaba algo colgando de sus fauces.
—Dios, es la cabeza de Evans...
Silvy sintió que sus rodillas se doblaban. Un gran mareo la invadió y

el mundo dejó de ser algo sólido y estable para ella. No podía más, la visión del enorme perro negro llevando colgada entre sus colmillos la cabeza humana, le resultó insoportable.

—Willy —musitó apenas sin voz, con los ojos cerrados, mientras se desplomaba.

—¡Silvy!

CAPITULO IX

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Emma.
—Saldremos de ésta, ten confianza.
—¿Confianza? Ya no podemos escapar de la granja. Atravesar el desierto a pie, con el viento helado que sopla arriba, es casi imposible.
—Imposible no hay nada, un ser humano es más resistente de lo que creemos. Muchos han muerto en los desiertos y también en los hielos de los polos, pero otros han llegado a su destino. El hombre o la mujer, lo mismo da, triunfa cuando se lo propone. Cierto que no basta con decir «yo lo haré» y dar un grito de alegría, hay que hacerlo, y llevar a cabo lo difícil siempre resulta duro, penoso, incluso inaguantable. Puede representar la muerte, pero hay que poner el plan en marcha.
—Estás hablando de un plan, Willy, ¿cuál es?
—La radio no funciona, algún hijo de perra la ha destapado y ha estropeado su interior de forma irreparable.
—¿Y la electricidad?
—Hemos encontrado la avería, una sección de dos pulgadas aplastada a martillazos, lo que provocaba cortacircuitos. Hemos cortado la sección en cuatro pulgadas y hemos hecho los empalmes. En cuanto se conecte el motor de gasoil generador de energía, volveremos a tener electricidad y eso será al anochecer.
—¿Lo saben todos?
—No. Emma, sólo lo sabes tú y mejor no lo digas. Si ese maldito verdugo es lino de los chicos, buscaría la forma de volver a dejarnos sin fluido eléctrico.
—Pero, ¿cuál de ellos puede ser?
—En principio había pensado que podía tratarse de Alex Evans.
—¿El nuevo?
—Sí, tras nuestra llegada han comenzado a ocurrir los hechos sangrientos, pero con la muerte de sus padres que trataban de huir, ya no sé qué pensar.
—Entonces, ¿quién?
—Cabe la posibilidad de que sea algún extraño.
—Por aquí no se acercan vagabundos.
—¿Qué sabes de los jóvenes que han pasado por tu granja y han regresado a la vida normal? ¿Cuántos se han recuperado totalmente, cuántos han recaído? ¿Alguno de ellos era un sicópata homicida?
—No lo sé, no lo sé... Algún psicópata sí lo ha habido, en no pocos casos la droga y la locura están muy unidas. La locura empuja a la

droga y la droga a la locura.
—Existe esa posibilidad, porque parece que nadie se ha movido de la granja.
—Me parece que no, pero no podría jurarlo.
—¿Y el perro?
—No sé nada de ese maldito perro.
—Parece que tiene mucho que ver con el verdugo.
—Aquí nadie tenía perro.
—Con los Evans tampoco llegó ningún perro, lo habría visto si hubiera seguido al jeep.
—¿No será todo una locura?
—Lo es, una locura sangrienta. Mañana por la mañana, para tener las máximas horas de luz solar y con los equipos necesarios, partiremos.
—¿Adónde?
—Hacia los bosque.
—¿A pie?
—Sí.
—Atravesar el desierto a pie pueda ser la muerte.
—No lo creo, ya te lo he dicho. Admito que es difícil, pero no ha de ser necesariamente la muerte. Iremos juntos y equipados. Espero que un día sea suficiente para atravesar el desierto si no aflojamos el paso. Acamparemos junto a los árboles y al día siguiente emprenderemos la marcha hacia la carretera y luego a la ciudad, lo que nos puede llevar dos o tres días más según está la nieve. No va a ser fácil, pero si permanecemos todos juntos los conseguiremos. Ya en la carretera podemos detener algún coche que avise a la policía y el sheriff vendrá aquí en helicóptero para hacerse cargo de los cadáveres.
—Estás muy seguro de lograrlo, Willy.
—Hemos de conseguirlo porque no ha de haber más crímenes. Supongo que para una mente desequilibrada, los crímenes no han de tener una motivación.
—Los locos también matan por una motivación —le corrigió Emma— lo que sucede es que suele escapar a nuestra lógica.
Willy sabía que no era nada fácil lo que pretendía, pero prefirió tallarse. Cuando los graves problemas de la marcha se presentaran, ya habría tiempo para resolverlos. Lo importante era que no cundiese el pánico. Ben había huido y no había caído bajo el hacha del verdugo, pero se había ahogado en el pequeño lago.
Los Manson habían tratado de recuperar a aquellos muchachos y muchachas de difícil estabilidad psíquica; habían intentado convertirlos en hombres y mujeres aptos para convivir en la sociedad que les había tocado vivir, pero la sangrienta situación había barrido

toda una larga y difícil labor de terapia de grupo.

Hasta aquel momento, aguantaban, pero el pánico podía apoderarse de ellos y si eso ocurría, no habría forma de ayudarles, de protegerlos, y no cabía olvidar que uno de ellos podía ser el asesino, aunque las motivaciones de sus crímenes permanecieran ocultas en algún lugar recóndito de su mente que sólo un experto psiquiatra lograría poner al descubierto, si es que lo conseguía.

Willy buscó unos palos largos, aptos para utilizar como soporte de parihuelas, y dos mantas que pidió a Emma que cosiera adecuadamente. Después reunió a los cuatro muchachos y les exigió:

—Acompañadme.

—¿Adónde? —preguntó Alex.

—A recoger el cadáver de tu padre. No vamos a dejarlo donde está, máxime cuando ese diabólico perro anda suelto.

—¿Estás seguro de que es mi padre?

—No me cabe duda.

—¿Y mi madre?

—No lo sé. Se llevaron los cuatro caballos, ella no ha aparecido y los caballos tampoco.

—¿Saldremos a buscarla?

—Hoy, no, lo haremos mañana. El desierto es grande y sin vehículos ni caballos sería casi imposible encontrarla.

—¿Y si está viva?

—Ojalá lo esté y con los caballos pueda llegar.

—No cree que pueda llegar a la carretera, ¿verdad?

—En las circunstancias en que tiene que viajar, es difícil que lo consiga, pero ha sido ella misma quien ha escogido el viaje.

—Yo iré a buscarla.

—No, tú no irás.

—¿Vas a impedírmelo tú? —silabeó, arrogante.

—Si es preciso, si.

—¿Cómo lo vas a impedir? —preguntó. Su rostro de adolescente hermoso se endureció.

—No me obligues a buscar la forma de impedírtelo, Alex. Internarse a pie en ese desierto, sin estar preparado, sin conocer el camino, con el frío y el viento que hace, es ir seguro a la muerte y lo mismo ocurriría en pleno verano, cuando el sol es el que manda, lo único que trato de evitar es que tú también mueras.

—Sé cuidarme solo.

—Lo imagino, pero... Cuando vayamos por el desierto iremos juntos para ayudarnos los unos a los otros.

—No estoy en una cárcel, no tengo por qué obedecer órdenes de nadie.

—Ya está bien, Alex —farfulló el pelirrojo Charly, nervioso—. El sólo trata de ayudamos.

—¡Yo no quiero que me ayude nadie, nadie!

Willy tuvo la impresión de que Alex se hallaba al borde del síndrome de la abstinencia, lo que podía acarrearles aún más problemas si no se le inyectaba una dosis calmante. Al gritar, a Alex se le agudizaba mucho la voz. Su aspecto general podía ser feminoide, pero también resultaba particularmente violento.

—Nadie te manda, es cierto —le dijo Willy atemperando su voz pero al mismo tiempo imponiéndose al hablarle despacio y en forma dominante—. Si después de que recuperemos el cuerpo de tu padre quieres marcharte a buscar a tu madre, puedes hacerlo, nadie te manda. Yo sólo soy uno más aquí, pero no vuelvas.

—¿Cómo?

—Que no vuelvas. Tus padres escaparon con los caballos, la suya fue una actitud cobarde.

—¿Por qué, querías ser tú quien intentara huir? —peguntó en tono acusador.

—Yo no iba a huir. Hubiera llegado a la carretera con relativa facilidad, en cambio tus padres no conocían el desierto. En fin, no quiero discutir más, lárgate de una condenada vez. Los demás permaneceremos juntos, nadie va a impedir que te suicides.

—¿Por qué has cambiado?

—¿Cambiado?

—¡Sí, cambiado, cambiado! —chilló, con la voz afilada como un cuchillo—. Antes no querías que me fuera y ahora sí.

—Date una ducha, chico, eso tranquiliza. Ahora, vamos, hay que recuperar ese cadáver. Dios sabe dónde oculta el asesino las cabezas que va cortando.

Los jóvenes se pusieron en marcha. Silvy les vio alejarse a través de los cristales de la ventana.

Alex dudó. Movió la cabeza como si fuera incapaz de dominar su propio cuerpo, sus cabellos rubios y largos se agitaron y al fin optó por seguir a los demás.

CAPITULO X

Cuando Emma Manson descubrió la puerta del botiquín forzada, cerró los ojos con preocupación y pesadumbre.
Con paso decidido, se dirigió a la habitación de las muchachas. Allí estaban las tres y una de ellas, aspiraba con fuerza, se había inyectado ya la maldita droga.
Las otras dos, aguardaban. Jennie tenía ya la jeringa lista y el brazo desnudo; Silvy esperaba también.
—Me avergüenzo de lo que estáis haciendo.
—No puedo más, no puedo más —repetía Jennie, al borde del sollozo.
—De esta forma no os recuperaréis nunca.
—Yo no puedo más. O me doy el «pico» o prefiero morirme, sí, prefiero morirme.
—Tenéis que aguantar —les dijo Emma con firmeza.
—¿Aguantar, para qué, para qué? —le gritó Jennie mientras Diana se tumbaba en la cama con la maligna droga circulando ya dentro de su cuerpo, buscando sus órganos, buscando su cerebro para dislocarlo y cambiar sus sensaciones, para sumirla en un mundo de fuga donde nada era real.
—¿Es que no os dais cuenta de que hay que aguantar para recuperarse? Ya estabais bien, no sufríais síndrome de abstinencia.
—¡No te acerques. Emma, no te acerques! —le advirtió Jennie en tono desafiante.
—Comprendo que os sintáis mal, están ocurriendo sucesos muy desagradables en esta granja que había sido un oasis de paz hasta que Manson fue asesinado.
Jennie, con la habilidad propia de la experiencia, mezcla da con la torpeza del nerviosismo que la embargaba, hundió la aguja en su brazo.
El deseo de Emma fue acercarse a ella y arrancarle la jeringa, mas se contuvo. Por propia experiencia en la ayuda a aquellos muchachos sabía que no conseguiría nada porque en aquellos momentos no razonaban.
Jennie arrojó la jeringa vacía y con pasitos cortos, perdida ya su agresividad, se acercó a una butaca y se sentó en ella echando la cabeza hacia atrás mientras por su brazo corría un ligero hilo de sangre.
—¿Tú también vas a ser capaz de caer en lo mismo? —preguntó Emma a Silvy, mirándola fijamente a los ojos.
La joven desvió su mirada rehuyendo la de Emma.
—¡Silvy!
Silvy miró por el lado de Emma y ésta también se volvió. En el

umbral de la puerta había un hombre.
—Willy...
—¿Serás capaz de aguantar?
Silvy tardó en responder, los segundos se hicieron eternos. al fin. tragando saliva, dijo:
—Lo intentaré.
—Entonces, cerremos la puerta y dejemos aquí a Jennie y a Diana, tranquilas. Ahora ya no se puede hacer nada por ellas.
—Lo que hay que hacer es destruir toda la droga que haya en la granja —dijo Willy.
—¿Toda? —preguntó Emma.
—Si, toda.
—¿Y si se presentan síndromes de abstinencia?
—Que se aguanten.
—Hay ocasiones en que resultan muy duros...
—Ahora no estamos en un tratamiento normal. Estamos luchando por la supervivencia, para evitar que el asesino siga matando. Si se drogan, serán fácil presa de ese verdugo.
—El miedo puede hacer que necesiten la droga con más desesperación.
—El miedo se sujeta apretándose los cojones... —gruñó—. Si quieres, coge dosis rebajadas al máximo, que sean casi un placebo y guárdalas. Quizá eso sirva para solucionar algún problema.
—De acuerdo. Guardaré sólo una dosis por cabeza, espero que sea suficiente para llegar a la ciudad.
—Llegaremos.
—No desfalleceré —dijo Silvy—, lo prometo.
—Magnífico. Ahora, olvidémonos de todo. Prepararemos la cena y esta noche descansaremos, hay que dormir.
—¿Dormir? —repitió Silvy—, ¿Y si «ene el verdugo?
—No creo que venga estando todos juntos. Ataca a sus víctimas en solitario.
—Yo prepararé la cena —dijo Emma que trataba de no caer en su propio dolor.
Ella estaba obligada a tener más fuerza, más moral que aquellos muchachos que habían sido llevados a la granja para recuperarse.
Los cuatro chicos, cada vez más reconcentrados, se quedaron en la sala; Silvy estaba con ellos mientras Jennie y Diana permanecían encerradas en la alcoba.
Los jóvenes buscaron una evasión en los libros que los Manson les habían enseñado a manejar, ya que durante mucho tiempo la droga les había apartado de ellos.
Silvy había abierto también un libro. Lo estuvo ojeando hasta que de pronto quedó como petrificada.

—¡Es él, es él! —empezó a gritar.
Todos la miraron, nadie semejó hacerle caso.
—¡Willy, Willy!
—¿Qué pasa, Silvy?
—¡Es él. es él!
—¿El, quién?
Le señaló un dibujo, muy perfeccionista. Al parecer se trataba de un antiguo grabado y ocupaba toda una página.
La figura representaba a un verdugo que sostenía un hacha entre sus manos y junto a él había un gran perro negro que semejaba babear.
—Sampson, el verdugo más famoso del siglo dieciséis —leyó Willy —, Bah, todos los verdugos de la época debían ser iguales.
—¡Le he visto de muy lejos, pero es él, es él!
—Silvy, tranquilízate, estás obsesionada. ¿No has leído la fecha? No puede ser él.
—¡Lo es, lo es!
—A ver ese libro —pidió Emma, acercándoseles.
Willy se lo tendió al tiempo que comentaba:
—No creo que sea lo mejor para tener aquí en la biblioteca.
—Este libro no es nuestro.
—¿Estás segura? —inquirió Willy.
—Si. Todos los libros de nuestra biblioteca tienen la palabra «Manson» impresa con un tampón. Este libro no tiene el nombre, no es nuestro. Alguien ha debido traerlo aqui.
—Vaya, eso si es interesante. ¿Y quién puede haberlo traído?
Los jóvenes se miraron unos a otros, desconcertados.
—Yo no he sido —dijo Silvy.
Willy volvió a tomar el libro, ahora de manos de Emma. Lo balanceó en su mano y al fin dijo:
—Creo saber quién lo ha traído.
—¿Quién? —preguntó Emma.
Willy se acercó al joven Alex y le mostró el libro.
—Lo has traído tú, ¿verdad?
—Yo no, —replicó Alex despacio, sin violencia.
—Alex, eres un tipo muy extraño. Hay momentos en que, según cómo te mueves, pareces una mujer.
—¿Tratas de llamarme homosexual?
—Me importa un comino lo que seas, es problema tuyo si prefieres recibir en vez de dar, yo vivo y dejo vivir, pero se trata de que no eres tan débil como aparentas.
—¿Ah, no?
—No. Los travestis suelen ser hombres fuertes, delgados en muchos casos, pero con más fuerza que una mujer de sus mismas

proporciones.

—¿Y eso qué significa?

—Alex, no pienses que tengo algo en tu contra por tu forma de ser, palabra que no, pero si quiero puntualizar que tu aspecto engaña.

—¿Me estás acusando?

—Sospeché de ti, pero luego, al ocurrir la muerte de tu padre, me pareció imposible, tú no podías ser; sin embargo, estaba equivocado y mi error está en que yo no podía digerir que un hijo matase a sus padres, pero tú piensas distinto, tú tienes el fuego de la locura en tu cerebro. Necesitas ayuda, chico, mucha ayuda, los médicos te la darán, pero ahora te vas a quedar quieto. Yo no soy un psiquiatra ni un psicólogo, por lo tanto me cuesta mucho digerir que existan tipos como tú, capaces de todas las atrocidades que has cometido.

Todos estaban tensos, atentos a lo que pudiera responder Alex, que estaba siendo acusado de una forma tan clara y rotunda.

Alex se echó a reír con una risa aguda como su voz, una risa cínica. Resultaba difícil aceptar y entender una risa tan diabólica.

Peter, uno de los muchachos, enrojeció de rabia y con los puños cerrados, saltó para agredir a Alex, pero Willy lo cató materialmente en el aire como si hubiera atrapado a un felino saltando.

—¡Quieto!

—¡Voy a matarlo como él ha matado a Manson, voy a matarlo!

—¡Quieto! —rugió Willy. Dominó al muchacho y después volvió a mirar a Alex, que seguía encajado en la butaca, riéndose suave y lentamente, como seguro de su poder, de su malignidad, sin miedo a ser capturado.

—Ronald Evans no era mi padre físico —comenzó a decir, despacio—. Este cuerpo que veis aquí —se señaló a sí mismo con el índice diestro— es hijo de un amante que tuvo mi madre.

Willy soltó a Peter y lo empujó suave pero con firmeza hacia el sofá. Volvió a encararse con Alex:

—¿Y tu madre?

—Anda herida, magullada, aterrorizada por el desierto. Quiso escapar como tú has dicho, me abandonó aquí importándole muy poco lo que pudiera sucederme.

—¿No la has matado a ella también?

—No.

—¿Y por qué has asesinado a los demás, por qué los has decapitado de forma tan cruel y bárbara?

—Porque yo ya no soy Alex, Alex murió, lo mató Ronald Evans. Si, él lo mató.

—Entonces, ¿quién eres tú ahora? —preguntó Emma, profundamente perpleja.

—Sampson.

—Si, sólo falta que venga Dalila y te corte el pelo —mascullό uno de los muchachos que no apartaba sus ojos del joven Alex, que en vez de mostrarse asustado parecía regocijado con la situación.
Convencido de que Alex se hallaba inmerso en una locura profunda, Willy preguntó:
—¿Y el perro?
—El perro es «Cervero», mi fiel amigo y compañero. Durante siglos siempre ha esperado mi regreso.
—Anda ya... Un perro no es eterno —fe replicó Willy—, Es un animal que muere de viejo después de una docena de años.
—«Cervero» no muere porque se renueva a sí mismo. «Cervero» copula a una hembra cuando llega el momento apropiado y el primer macho de la manada, el más fuerte, volverá a ser él y así a través de los siglos. Ha muerto y vuelto a nacer siempre esperando mi retorno.
—¿Y por qué crees que eres ahora un verdugo que existió en el siglo dieciséis?
—Porque lo soy. Mi madre se ocupó de que lo fuera.
—¿Tu madre?
—Sí, no mi madre física, esa mujer estúpida, burguesa y cobarde que ha estado aquí en la granja, sino Azagara, mitad zíngara mitad escocesa. Hubo un juicio del Santo Oficio y fue condenada a la hoguera, de eso hace siglos, como es lógico. Azagara había muerto ya, eso decían, pero condenaron a la hoguera a sus despojos. Levantaron su tumba, desenterraron el ataúd y el oficial de alguaciles ordenó abrirlo para comprobar que se hallaban allí los restos humanos de la condenada. Al alzar la tapa, sólo brotó un humo denso y oscuro. Los alguaciles se asustaron, allí ya no había nada más que el humo que escapó, burlándose de ellos. El oficial alguacil ordenó cerrar el féretro e hizo jurar a todos los presentes que no dirían nada de lo que habían visto. El ataúd vacio fue conducido a la hoguera donde ardió hasta desaparecer. Vosotros sólo sois unos miserables que nada podéis contra mí, os cortaré la cabeza a todos.

Willy tuvo el absoluto convencimiento de que Alex había enloquecido.

Este seguía riéndose por lo bajo, mirando abiertamente en actitud de desafío, sin temor a nada ni a nadie mientras los demás le miraban sin comprender.

En aquellos momentos, hasta el tiempo semejaba haberse detenido.

De súbito, se escucharon unos inquietantes golpes en la puerta. No eran golpes dados con los nudillos, eran golpes dados con el puño o algo contundente.

En la cabaña ya no faltaba nadie, nadie de los que quedaban vivos.

CAPITULO XI

Willy se acercó a la puerta sin vacilar, sin correr, pisando fuerte, sin demostrar el miedo que sentían los demás allí reunidos.

—¡No abras! —gritó Silvy en tono de súplica.

El hombre alargó su diestra y quitó el cerrojo que colocara Emma. Lo descorrió, giró el pomo y abrió la puerta sin precaución alguna, demostrando que estaba dispuesto a todo y que nada extraño podía ocurrir, pero se equivocó.

Hubo un grito general al ver la figura humana a contraluz.

Era una mujer encorvada, torturada, con un brazo colgando desarticulado. Su figura recordaba el aspecto que según los grabados antiguos podía denunciar lo que era una bruja.

—Mistress Evans...

—Auxilio —pidió ella ya sin voz, y cayó hacia adelante.

Willy, con sus brazos, evitó que la mujer golpeara el suelo con su cabeza.

En aquel momento ocurrió algo sorprendente y horroroso, algo que no podían ni siquiera imaginar, algo que les hizo gritar de pavor y que sólo podía ser llevado a cabo por el genio del Mal.

Las cabezas humanas penetraron en la cabaña como si fueran proyectiles lanzados con las manos.

Eran las cabezas de Manson, de Samantha, de Ronald Evans. Eran proyectiles sanguinolentos, con los ojos abiertos y las mandíbulas caídas, mostrando sus hileras de dientes como prestos a hacer presa en algo o en alguien.

Emma puso sus manos por delante para detener la cabeza del propio Manson, que arremetía contra ella, y con tal fuerza que la derribó.

Silvy cayó al suelo gritando fuera de sí, sumida en el caos del pánico incontrolado.

Aquello parecía una alucinación.

Las cabezas cortadas iban de un lado a otro y varios fueron los jóvenes que resultaron golpeados en sus cráneos por las diabólicas cabezas que volaban al parecer sin un orden. Se producían horrorosos chasquidos de huesos que helaban la sangre, era como si un vendaval las moviera.

Golpearon objetos que cayeron y se rompieron, cuadros, la pantalla del televisor... Rompían todo contra lo que chocaban, había que protegerse con brazos y manos para evitar ser golpeados mortalmente por aquellas cabezas que eran como proyectiles.

En medio de los gritos de pánico y dolor, las tres cabezas fueron a introducirse en la chimenea-hogar. Cayeron en medio del fuego que

crepitaba y quedaron quietas sobre los troncos que ardían en llama viva y comenzaron a arder, a consumirse.

Los cabellos se inflamaron. Resultaba dantesco presenciar el achicharramiento de las cabezas cortadas, que comenzaron a ennegrecer. Los ojos reventaban mientras por boca, nariz y orejas escapaban humores de repugnante y estremecedora visión.

Aquél debía ser el espectáculo macabro que tamo hacía disfrutar en las épocas oscuras de la Humanidad, cuando se condenaba a la hoguera a reos previamente torturados. Aquel espectáculo debía satisfacer y colmar canallescos instintos de negación total de amor al prójimo, sería la máxima exaltación del sadismo multitudinario.

Willy, que también había sido golpeado duramente, dejó a Margaret Evans en el suelo y cogiendo varios almohadones los arrojó al interior de la chimenea, ocultando con ellos los cráneos que seguían consumiéndose.

Las llamas aumentaron en gran proporción. La chimenea rugió como si fueran las propias cabezas o los espíritus que anteriormente animaran los que rugían.

Willy asió un sofá y lo colocó delante del hogar, esperando que las cabezas se redujeran a cenizas sin tener que soportar su visión.

—Tranquilos, ya ha pasado todo —dijo Willy.

Habían cesado los gritos, pero los lamentos se sucedían.

Los muchachos se fueron recobrando. Emma yacía con grandes magulladuras en su rostro que aparecía ensangrentado.

—¿Cómo estás?

—Willy, ayúdanos a escapar de aquí —sollozó.

—Saldremos de aquí.

Silvy se había reincorporado sola pero se movía como un zombie. Willy la abrazó.

—¿Cómo te sientes?

—Voy a enloquecer, Willy, voy a enloquecer.

—No hay que enloquecer. Hay que enfrentarse al destino, a lo que no comprendemos, a esas fuerzas que no aceptábamos que existieran.

Al mirar hada la butaca en que había estado Alex, Willy observó que aquel muchacho de cabellos rubios y aspecto casi angelical había desaparecido. Miró en derredor.

Peter gritó:

—¡Ha escapado, ha escapado!

Todos miraron hacia la puerta que seguía abierta: afuera hacía un frío desmoralizante.

—Sé fuerte —pidió a Silvy. Alzó la voz dirigiéndose a los demás—: ¡Sed fuertes, le venceremos!

Dejó a la muchacha para inclinarse sobre Margaret Evans. Observó

que la cabeza de ésta, pese a que él levantaba el cuerpo, caía de lado, inerte.
—Ha muerto —musitó Emma a su lado—. Otra víctima de ese poder infernal.
—Creo que ha llegado agonizante —opinó Willy—. La llevaré con los demás cadáveres y cierra la puerta cuando yo salga.
—¿Vas a quedarte solo afuera?
—No temas por mi. Si aparece Alex o el verdugo, lo que sea, no me cogerá desprevenido.
—Y luego, ¿qué ocurrirá? — musitó Silvy
—Nos iremos de aquí, regresaremos a la civilización.
—¿Crees que podremos escapar? —inquirió la dulce y rubia Silvy—. Esto parece la granja de los malditos.
—Escaparemos, claro que escaparemos.
—¿Y si aparece él? —preguntó Emma sin querer dar nombre al joven asesino.
—Si aparece, no huiremos, no nos dispersaremos. Hay que atraparlo y dejarlo bien sujeto.
Con los labios trémulos, Silvy preguntó:
—¿Podremos contra sus poderes?
—El miedo hace la cania a la derrota. Lucharemos contra él por más poderes infernales que posea. Habrá alguna forma de derrotarlo, el maligno siempre puede ser vencido. Utilizaremos en su contra el valor y la imaginación. Ahora, lavaos las heridas, yo regresaré dentro de unos minutos.
Cargó con el cuerpo de Margaret Evans y salió de la gran cabaña cuya puerta se cerró a su espalda.
Llevó el cadáver hasta el cobertizo. Abrió éste con la llave que él guardaba e introdujo el cuerpo en aquel lugar que se había convertido ya en un depósito de cadáveres.
Iba a abandonar el cobertizo cuando descubrió una hoz de ancha y afilada hoja con corte de finísima sierra.
La tomó por la empuñadura y la contempló durante unos instantes. Pasó la hoja por su mano y aquel acero bien templado, afilado hasta lo increíble, le produjo un corte por el que escapó la sangre.
Decidió llevársela consigo. Si Alex o el verdugo, apoyado por los poderes del averno, tenía un hacha, ¿por qué no iba él a usar algo con que defenderse?
Salió cerrando la puerta. Cuando iba a darse la vuelta, un gruñido amenazador le advirtió que no estaba solo.
Despacio, volvió el rostro y se encontró frente a «Cervero». El temible perro gruñía amenazador, le mostraba sus colmillos por entre los que fluía una baba sanguinolenta.
Cualquier ser humano se hubiera aterrorizado ante aquel perro negro

y gigantesco dentro de su especie, un animal que podía matar con una sola dentellada, pero Willy, aferrando bien en su mano el mango de la hoz, le mostró la afilada punta de la herramienta de trabajo al tiempo que silabeaba:

—Atrévete, perro del demonio, o mejor te llamo perro del verdugo.

Avanzó hacia la bestia, primero un paso, luego otro... Los gruñidos aumentaron. «Cervero» no retrocedió, semejó dispuesto a saltar sobre el cuello del hombre.

—No soy un tipo que mate a los animales —masculló Willy, que seguía avanzando hacia el perro—, pero tú eres cosa distinta. Eres una bestia tan asesina como tu amo.

El animal saltó.

Willy puso el antebrazo izquierdo por delante. Sintió en su carne la tenaza de los colmillos de la bestia que pretendía partirle el antebrazo en dos. pero el hombre reaccionó con rapidez y hundió la hoz en el cuerpo de la bestia que lanzó un prolongado quejido.

Abrió la boca y se desplomó.

Cuando Willy iba a descargarle un nuevo golpe, esta vez en la garganta, «Cervero» huyó, dejando tras de sí un reguero de sangre que escapaba de su profunda herida.

—¡Dile a tu amo que volveremos a encontrarnos!

CAPITULO XII

Clareaba el nuevo día.

El grupo de muchachos y muchachas al frente de los cuales iba Willy, iniciaba la marcha.

Se habían pertrechado bien para resistir los fríos y el viento del desierto. Llevaban consigo agua que se helada, gas propano para proveerse de calor, alimentos, cuerdas y un botiquín de emergencia.

—¡Vamos, el desierto es nuestro! —exclamó Willy para animarles, pues era evidente que los muchachos estaban deprimidos.

Las dos chicas que el día anterior se habían drogado, incapaces de resistir más, ahora parecían zombies, no tenían fuerzas en sus piernas y se las notaba fatigadas. Willy temía que se derrumbasen por el camino en mitad del desierto, lo que les provocaría problemas difíciles de solventar.

Silvy, que había aguantado sin el «pico», se había recuperado y ahora parecía más fuerte que los demás, aunque en cierto modo todos estaban magullados. Las cabezas cortadas los habían golpeado con maligna contundencia, movidas por los poderes del extraño y demoníaco personaje que utilizaba el cuerpo aparentemente angelical de Alex Evans.

Willy tiraba del grupo de jóvenes, les hablaba, casi les jaleaba para que avanzaran sin detenerse.

No era bueno pararse en el gélido desierto donde el viento helado cortaba. Por suerte para ellos, el viento les venía de espalda, los empujaba. Willy temía que la dirección del viento cambiase, aumentando la fatiga.

—¡Allí está, allí está! —gritó Emma.

A lo lejos, destacando en la línea del horizonte del desierto, divisaron la figura del verdugo y junto a él, el maligno perro.

—Su fuerza es nuestro miedo —les dijo Willy que llevaba consigo la hoz; Emma portaba la pistola de señales luminosas—. Olvidaos de él y sigamos adelante. Si pudiera atacarnos, ya lo había hecho.

Poco a poco de fue disolviendo la figura del verdugo y su perro y ellos siguieron adelante, más animados. Los jóvenes avanzaron más aprisa, como si hubieran recobrado fuerza en las piernas.

—Vamos, vamos, más aprisa. No servís para montañeros ni para vagabundos. Vamos, aprisa —les estimulaba Willy que era quien tenía más fuerza, más vigor, y mejor soportaba el gélido viento que les empujaba.

Se sentaron en cuatro ocasiones para alimentarse y descansar. Los muchachos no tenían apetite, pero Willy les obligó a comer nueces

con miel.

Cuando pisaron la hierba, hubo alegría general. El desierto quedaba atrás, lo habían vencido, pero también había llegado la noche.

—Estoy agotada —exclamó una de las muchachas.

—Aunque sea de noche, hay que seguir hasta el bosque. Los árboles nos protegerán de este maldito viento helado. Vamos, vamos, hay que seguir hasta llegar a los grandes ár boles, no falta mucho.

—¿Cuánto? —preguntó Silvy.

—Poco, poco, unos minutos tan sólo.

Los muchachos ayudaron a sus compañeras. Willy se ocupó de Silvy. Emma, más fuerte que las muchachas, cerraba la marcha.

Siguieron avanzando a oscuras hasta que consiguieron llegar al gran bosque. Willy no se detuvo hasta llegar a los grandes árboles, aunque allí se enfrentaron a la nieve.

—Aquí hay un claro, acamparemos hasta el amanecer. Haremos una gran fogata.

—La leña no arderá —objetó Silvy.

—Si, llevo gasoil conmigo. Empaparemos la leña y cuando los primeros troncos ardan, luego arderá todo lo que le echemos encima.

Reunieron leña y Willy vertió el combustible. Le costó que ardiera, pero al final lo consiguió y escapó una larga humareda. Las llamas, empujadas por el viento helado, se doblegaban, pero la fogata siguió quemando leña.

Nadie quería dormir: mas el cansancio y la debilidad de la mayoría de aquellos jóvenes les hizo enroscarse sobre sí mismos. Carecían de tienda de campaña, pero llevaban buena ropa de abrigo y lonas plastificadas con las que en grupo se defendían del viento.

—Willy...

—¿No duermes, Silvy?

—No puedo. Además, sería peor.

—¿Por qué peor?

—Tendría pesadillas y les tengo mucho miedo. Quienes han pasado lo que yo con la droga, sufren pesadillas horribles.

—¿Eres de mal «viaje»?

—Sí.

—Razón de más para no reincidir.

—Ya no volveré a reincidir, lo juro, lo juro.

La estrechó contra si, sus ojos brillaron de emoción.

—Estoy seguro de que lo cumplirás, Silvy, estoy seguro.

—Willy. Willy...

—¿Qué?

Ella le sacudió, cogiéndole por los hombros.

—¡Está ahí!
—¿El qué?
—El verdugo — cuchicheó, secándosele el paladar.
Se volvió. Al otro lado de la fogata, como si buscara que las llamas le acariciasen, estaba el verdugo encapuchado mirándoles con sus ojos helados a través de los agujeros de la capucha.

Llevaban la camisola azul y los pantalones rojos. A su lado estaba el perro, que tenía dificultades para mantenerse en pie. Seguía manchando el suelo con la sangre que escapaba de su cuerpo ahora escuálido, con la piel pegada a las costillas, con la boca sanguinolenta muy abierta, falto de aire.

—De modo que ha venido —gruñó Willy.

El verdugo se rió como solía hacerlo. Entre sus manos blandía la pesada hacha de largo mango y hoja manchada de sangre, un hacha que había servido para trocear la leña y que ahora tenía un aspecto terrorífico.

—Os cortaré la cabeza a todos —sentenció el verdugo. Sus palabras se mezclaron con el crepitar del fuego, las cortezas de las ramas gruesas chispeaban ruidosas.

—Eso lo veremos —replicó Willy mostrando en su mano la hoz de la que no se había separado.

Despacio, rodeó la fogata para acercarse al verdugo, porque ya resultaba muy difícil pensar que aquel ser fuera Alex Evans.

El diabólico personaje le aguardaba con el mango del hacha cruzado delante de su pecho. El filo de la hoja estaba vuelto hacia Willy, que seguía acercándosele, armado con la hoz.

Silvy estaba atenazada por el miedo y el frío. Se daba cuenta de que aquél iba a ser el fin. Era una pelea a muerte. Si el verdugo ganaba, nadie osaría enfrentársele como lo estaba haciendo Willy y aquel ser acabaría decapitándolos a todos como había sentenciado.

Demostrando poseer una fuerza insospechada y una destreza igualmente sorprendente, el encapuchado lanzó la hoja del hacha por delante. De no saltar hacia atrás, se habría clavado mortalmente en el cuerpo de Willy. La afilada hoja cortó parte de la cazadora de piel que vestía Willy.

Tras aquel golpe, el verdugo no quedó desarmado ni en situación falsa, pues volteó el hacha con rapidez, como si careciera de peso, haciendo retroceder a Willy, que escapaba a los hachazos por puro milagro. Mas, tras él estaba la fogata y las llamas fueron a buscar sus pantalones.

—¡Willy! —gritó Silvy, aterrada.

Willy saltó de lado y el asesino se lanzó hacia adelante con la intención de descargar el golpe definitivo sobre aquella victima que se le resistía.

Para un verdugo, el reo debía tener las manos atadas a la espalda y si podía ser, los tobillos encadenados el uno al otro. Debía colocar sumisamente la cabeza en el cadalso, ofreciendo su cuerpo sin trabas al filo del hacha.

El perro intentó abalanzarse sobre Willy, pero sonó como un disparo más bronco, distinto. Emma tenía la pistola de señales en la mano y el dardo luminoso se clavó en la boca del gran animal, entre sus mandíbulas, de las que brotó fuego y luz, convirtiéndole en un horrible monstruo que se alejó dando saltos, perdiéndose en la inmensidad del bosque camino de su muerte en medio de una rabiosa agonía.

El hacha volvió a llegar hasta Willy, cortándole parte de la manga izquierda por la que asomó la sangre.

El verdugo parecía acorralar a Willy. Varios de los jóvenes dormían, exhaustos e ignorantes de lo que acontecía.

—¡Aggggg!

El grito escapó de la garganta del verdugo, que recibió una profunda puntada de la hoz en el costado.

Silvy y Emma le vieron inclinarse de lado.

Willy, junto al asesino, llenó sus pulmones de aire, como preparándose para algo grande, para unos instantes en que necesitaría de toda su fuerza.

Levantó la hoz y la descargó con habilidad y acierto, de tal modo que la cabeza del verdugo encapuchado rodó limpiamente por el suelo.

El cuerpo decapitado se agitó unos instantes en pie antes de caer salpicando sangre en derredor. Emma disparó un segundo cartucho de señales que se clavó en el cuerpo que se inflamó.

Mas, los ojos de todos, atónitos y alucinados, se clavaron en la cabeza encapuchada que comenzó a reír diabólicamente para luego decir:

—Azagara me buscará otro cuerpo, volveré a reencarnarme, malditos, volveré a reencarnarme...

Sobreponiéndose al horror de aquellos momentos, Silvy se acercó con una rama en forma de horquilla y con ella empujó la cabeza del verdugo al interior de la fogata, donde comenzó a quemarse.

Emma y Willy se miraron. Como llegando a un mutuo y silencioso acuerdo, cogieron el cuerpo caldo y lo empujaron también hacia la hoguera. Después se afanaron en echar más y más leña.

—¿Y el hacha? —inquirió Silvy.

Willy la tomó y dijo:

—Servirá para cortar leña. Hace falta mucha leña para convertir todo esto en cenizas.

No tardaron en escucharse los golpes del hacha en el silencioso

bosque.

Willy semejaba poseído de una fuerza sobrehumana. Jadeaba, pero seguía golpeando, golpeando... La fogata se había ensanchado y había en ella más llamas, más humo, y un esqueleto ennegrecido que tenía la cabeza separada del tronco.

EPILOGO

Llamaron a la puerta de la cocina y Silvy abrió. Ante ella estaba una vecina que tenía casi el doble de edad que ella. Willy parecía conocerla bien y solía decirle a la muchacha que no le diera demasiada cuerda.

—Silvy, querida, os traigo una sorpresa, una agradable sorpresa. Tenéis una casa muy bonita, magnífica, ideal para unos recién casados, pero os falta algo, algo muy importante.

—¿Ah, si? —respondió Silvy, contemporizadora—. No me había dado cuenta.

—Os falta lo que os traigo en este cesto.

Levantó un trapo y dejó al descubierto un cachorro negro.

—Un perro...

—Eso es, un perro.

—Silvy, ¿quién ha llegado? —preguntó Willy, entrando en la cocina.

—Mira, nos ha traído un cachorro.

El hombre lo miró con inicial simpatía, pero luego fue transformando su expresión hasta fruncir el ceño. Sin llegar a tocarlo, preguntó:

—¿Es el mayor de la camada?

—El único, desgraciadamente. Los otros tres no han sobrevivido, la verdad es que mi perra es primeriza. Lo tendré yo con la madre hasta que ella lo destete, toda la leche será para él y se va a poner muy fuerte y hermoso, seguro que no habrá otro perro tan grande como éste en todo el territorio.

Willy hundió su mano en el cesto y cogió el cachorro.

Ante la perplejidad de la vecina, salió al palio dirigiéndose a un cubo que estaba lleno de agua, con la intención de ahogarlo, cuando se le acercó una mujeruca que le pidió:

—Démelo a mi, yo lo cuidaré.

Willy la miró desconcertado.

Cuando pudo darse cuenta de lo que ocurría, como si los ojos de la desconocida lo hubieran hipnotizado por unos instantes, ésta ya se alejaba llevándose el cachorro. Subió a un furgón que no pudo ver quién conducía y el vehículo se puso en marcha.

En los laterales del furgón, Willy leyó: «AZAGARA, ANTIGÜEDADES.»

F I N

PUNTO ROJO
intriga...
ROJO
misterio...
ROJO
suspense...
ROJO
acción...
ROJO

PUNTO
ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España